

## EURÍPIDES

TRAGEDIAS III FENICIAS<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN

1. — La fecha de la primera representación de Fenicias la conocemos sólo por aproximación. Un escolio al verso 53 de las *Ranas* de Aristófanes alude a que fue posterior a la de Andrómeda (pieza hoy perdida que Eurípides presentó junto a *Helena* en 412), y por otra parte sabemos que precede a *Orestes* (del 408) y al exilio de Eurípides en Macedonia, en los últimos años de su vida.

La hipótesis de Aristófanes de Bizancio, que nos ha llegado lamentablemente incompleta, señala que se presentó "en el arcontado de Nausícrates", Pero no conocemos a ningún arconte de tal nombre en esas fechas, por lo que se ha supuesto que ha habido una confusión en este dato. Así, p. e., Wilamowitz sugirió que el nombre del corego habría remplazado al del arconte; Méndier supone que tal vez fuera Nausícrates el didáskalos (algo así como el director de escena); y Pearson, que pudiera tratarse de un arconte que sustituyó a otro que murió en el año de su cargo, por lo que otras fuentes históricas no han recogido el nombre de este sustituto ocasional. Otros estudiosos han pretendido relacionar con sucesos históricos concretos algunas alusiones del drama, para fecharlo con mayor precisión. Ninguna de ellas nos parece, sin embargo, decisiva para poder establecer algo más exacto que el hecho de que la obra refleja el ambiente de los años 411 a 409, en los que Atenas sufría las angustias de una guerra prolongada, las amenazas repetidas de asedio y los reveses y vaivenes motivados por la ambición de algunos políticos sin escrúpulos (de los que Alcibíades era el ejemplo más feroz).

La conciencia doliente de Eurípides se refleja, en éste como en otros dramas, en su insistencia en los desastres de la guerra, causados por las pasiones individuales, y en un ansia de evasión lírica, con un cierto desengaño y desesperanza en lo político<sup>2</sup>.

La mención de otras dos tragedias, *Enómao* y *Crisipo*, en una frase truncada del mismo texto, se ha solido interpretar en el sentido de que serían piezas representadas en la misma ocasión, acaso como una trilogía engarzada de algún modo laxo. Pearson postuló que el fundamento del gramático Aristófanes para evocar esos otros dos títulos eurípidicos pudo ser sencillamente el que en ellos aparecía como motivo trágico una maldición, como la que Edipo lanzara contra sus hijos, sin que tal mención suponga la coetaneidad de estas piezas.

El nombre de la obra procede de las fenicias que componen el coro. A diferencia de otros, como el de las Suplicantes o el de las Troyanas, el formado por estas esclavas, enviadas de Fenicia a Delfos para el servicio de Apolo, no siente su destino comprometido en la catástrofe que amenaza a la ciudad de Tebas. Son unas extranjeras, unidas por lejano parentesco a los pobladores de la ciudadela fundada por el fenicio Cadmo, quienes evocan en sus cantos las leyendas de gloria y de sangre que rodean la historia de la polis asediada. A este distanciamiento del coro Eurípides le saca un buen partido dramático. De un lado queda la innovación frente al angustiado coro de tebanas de Los Siete contra Tebas de Esquilo, donde el coro expresaba el patetismo desesperado en contraste con la firme figura de Eteocés, el protagonista y gobernante magnánimo. De otro lado, esa distancia sentimental le permite al coro de mujeres expresar, a la vez que su cordial temor por la suerte de la ciudad querida, su simpatía por la causa del agraviado Polinices, y lanzarse a pintorescas evocaciones míticas en torno a las figuras famosas de Cadmo el matador del Dragón, de Edipo el vencedor de la Esfinge, de Ares y Dioniso, etc. Como ya observaron los comentaristas antiguos, los líricos parlamentos del coro se alejan de la acción dramática. Aunque se podría destacar, en favor de Eurípides, que estos intermedios líricos proyectan sobre las escenas del drama un trasfondo legendario que amplía su significación. A la acción trágica se le superpone una panorámica que no sólo incluye en su halo fatídico a Edipo y sus hijos, sino que evoca a los dioses patrios y al mismo fundador de la estirpe, a Cadmo. Silos motivos y los caracteres son más realistas, más humanos, como señalan todos los estudiosos de la tragedia de Eurípides, estas digresiones líricas sirven para contrapesar esa tendencia hacia el análisis psicológico con la brillante y colorista evocación de ese segundo piano, con sus figuras fantasmagóricas de héroes y dioses. Desde luego el alejamiento de la acción es un riesgo y así tal proceder prelude la desaparición del coro trágico como elemento irrelevante en el drama posteurípideo.

Ya los antiguos señalaron que este drama tiene muchos personajes y es de variados efectos escénicos, incluso con el peligro de que algunas escenas parezcan rebuscadas y superfluas. (El autor del Argumento 1 la califica de polyprósopon y de parapléromatikón, es decir, "con muchos personajes" y "recargado".) Por otra parte, no existe un protagonista trágico cuyos sufrimientos y catástrofe final concentren los sucesos, a no ser que tomemos como tal a toda la familia de Edipo.

<sup>1</sup> INTRODUCCIONES TRADUCCIÓN Y NOTAS DE CARLOS GARCÍA GUAL BIBLIOTECA BÁSICA GREDOS C EDITORIAL GREDOS, S. A. Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2000

<sup>2</sup> Esta melancólica desesperanza del poeta ha sido subrayada por varios estudiosos. Por citar sólo a uno de los más recientes, remito al claro libro de V. Dr BENEDETTO, Eurípide: teatro e società. Turin, 1971. Cf., sobre el final de Fenicias, pág. 319

Éste es uno de los contrastes más notorios entre ésta y la tragedia esquilea de Los Siete contra Tebas, cuya trama atiende al mismo material mítico. Junto a Yocasta y Antígona, desfilan Polinices, Eteocles, Creonte, Meneceo, y el lamentable y quejumbroso Edipo, todos ellos patéticos. "El drama en su conclusión deja en muchos lectores más la impresión de una serie de brillantes episodios que la de una creación artística unitaria" observó Pearson, como otros. Tal vez no estemos de acuerdo con el autor del Argumento 1 sobre lo superfluo de la teichoscopia, de la entrada de Polmices, o del acto final. Pero la discusión sobre la defensa de la ciudad entre Eteocles y Creonte, con sus detalles estratégicos, o el episodio entre Creonte y Meneceo, son muestras de que a Eurípides no le interesaba la estructura sencilla del encuentro fatal entre los dos hijos de Edipo. Por el contrario, esa riqueza de escenas y motivos es algo buscado por el viejo dramaturgo, a quien sería injusto medir por el patrón trágico de los dramas de Esquilo o de Sófocles. Como comenta Kitto<sup>3</sup> con agudeza, las Fenicias pertenecen a otro tipo dramático, que pretende una amplitud casi épica, y sustituye el sentido trágico de sus precursores por uno nuevo, de un patetismo más efectista y espectacular. Por todo ello Fenicias gozó de cierta predilección entre las piezas de Eurípides más representadas y estudiadas en la Antigüedad, y formó con Hécuba y el Orestes la tríada estudiada y comentada en Bizancio hasta el final del humanismo bizantino. Además ofrecía a los actores algunos pasajes muy apropiados para un lucimiento personal. Lo más difícil lo constituirían seguramente sus estásimos, con la sobrecarga de adjetivos ornamentales característica de la última etapa de nuestro dramaturgo.

2. — Por su extensión Fenicias es el drama más largo de Eurípides, y de todas las tragedias conservadas sólo la aventaja en número de versos Edipo en Colono. Es probable, sin embargo, que su extensión original fuera algo menor; ya que la mayoría de estudiosos de la obra coinciden en considerar añadidos numerosos pasajes de la última parte de la pieza, si bien la concordancia sobre el número preciso de versos interpolados es mucho menos general<sup>4</sup>. Con todo, el considerar espúreos algunos pasajes explicaría la extraordinaria longitud del éxodo, así como algunas deficiencias de su construcción. Estos añadidos, no extraños en una obra muy representada luego, serían concesiones a la tentación de enlazar la trama con las de otros dramas famosos sobre el tema, con la Antígona y el Edipo en Colono de

Sófocles; añadidos poco posteriores a la muerte de Eurípides, en general. Estas tiradas intercaladas son, fundamentalmente, según la razonada exposición de E. Fraenkel, las siguientes: versos 869 a 880 y 886 a 890 (en el parlamento de Tiresias), vv. 1104 a 1140 (en el largo relato del mensajero), vv. 1242. a 1258 (en otro relato de mensajero), Vv. 1307-1334 (entrada de Creonte y diálogo con el corifeo), Vv. 1597-1614 (quejas de Edipo), Vv. 1645 a 1682 (diálogo esticomítico entre Creonte y Antígona), Vv. 1704 a 1707, y todo el final, desde el verso 1737 a 1766. Al zetetizar como interpolaciones estos pasajes, quedan eliminados algunos rasgos anómalos, como, p. e., el largo silencio de Creonte entre los vv. 1356 a 1584, que sería muy singular en una tragedia. Pero es fácil suponer que el presentar en escena a Creonte portador del cadáver de su hijo Meneceo fue una tentación de un poeta deseoso de reparar un descuido del dramaturgo y añadir otra escena patética a la trama, y que este mismo interpolador refirió a Creonte los versos del diálogo con el mensajero de 1336 a 1355, que el texto original debía adjudicar al Corifeo. También es clara la presión que el famoso agón entre Creonte y Antígona en la tragedia de Sófocles ha ejercido en la creación del paralelo en versos 1645 y sigs. De aceptar estas tiradas de versos como interpolaciones se modifica la presentación de dos personajes, la de Creonte y la de Antígona; que, de lo contrario, quedan vistos de modo muy próximo al enfoque de Sófocles. (Y un tanto en disonancia con su presentación en otras escenas anteriores de Fenicias.)

Además de estos pasajes citados existen algunos versos sueltos que casi todos los editores del texto coinciden en atetizar como espúreos. En la edición de Murray son 28 versos rechazados como tales. Tanto estas interpolaciones menores como las más extensas son el producto de la estima que gozó la obra, durante siglos, con la incorporación al texto de pequeñas glosas y aclaraciones marginales. (En nuestra versión castellana ofrecemos entre paréntesis cuadrados tan sólo aquellos versos sueltos que atetizan la mayoría de estudiosos, y no los pasajes ya citados más amplios, cuya inautenticidad es objeto de consideraciones más subjetivas.)

3. — El tema de las Fenicias coincide con el de Los Siete contra Tebas: el asedio de la ciudadela Cadmea por los argivos y el duelo fatal entre los dos hermanos, condenados por la maldición del airado Edipo. Pero mientras en Esquilo la tragedia

<sup>3</sup> En su *Greek Tragedy*, Londres, 1971, 3,8 ed., págs. 35 1-62.

<sup>4</sup> Cabe, sin embargo, subrayar el hecho de que las tragedias de Eurípides más cercanas a Fenicias, la Helena y el Orestes rondan los 1700 versos. De aceptar las interpolaciones que sugerimos, de acuerdo con E. Fraenkel y otros estudiosos, que abarcan unos doscientos versos en conjunto, la extensión de Fenicias se reduciría bastante, a un número de versos como el que pudo tener la versión original de la Ifigenia en Áulide, y tal vez las Bacantes. La extraordinaria longitud (1779 versos) del Edipo en Colono de Sófocles es una de las peculiares características de esa tragedia, la última de las obras del viejo dramaturgo.

forma parte de una trilogía de tema tebano como tercera pieza, y así cuenta con las dos anteriores para exponer los antecedentes de la saga de los Labdácidas, en Eurípides es una pieza suelta, que ha de recurrir a otros medios para evocar todo el contenido de la fatídica historia familiar. Porque, como ya hemos dicho, Eurípides no renuncia a exponer con la mayor amplitud el cúmulo de desdichas que envuelven a la estirpe de Layo a través de las generaciones contaminadas por su delito. En ese sentido es toda la familia la que se precipita en la catástrofe trágica. No en vano es la enlutada Yocasta, abrumada por los desastres del pasado y angustiada por el amenazador presente, la que dice el prólogo; y es el lastimero Edipo el que da tono patético al final, partiendo al destierro, ciego y miserable, sin hijos y sin esposa. Son ellos, Yocasta y Edipo, quienes han sufrido todos los males, arruinados por la cadena miplacable de dolores, los más apropiados para enmarcar esta suma trágica de varios episodios.

Innovación de Eurípides es presentamos a Yocasta en vida, habitando el palacio a la par que el viejo y cegado Edipo; puesto que en la versión más tradicional del mito, la seguida por Sófocles, ella se suicidaba al enterarse de la personalidad real de Edipo, su hijo y esposo. Y también el que Edipo haya permanecido hasta la muerte de sus hijos en Tebas es una innovación.

Es cierto que ninguno de los caracteres de la obra asume el primer papel de héroe trágico; pero la ausencia de un protagonista central está compensada por la presencia de varias figuras de rasgos admirablemente dibujados. La escena del encuentro de Polinices con su madre y luego con Eteocles es otra de las innovaciones del poeta. El agón entre los dos hermanos resulta una de las mejores escenas del drama. Eurípides pinta a Eteocles como el tirano ávido del poder, dispuesto a cualquier crimen y violación para mantener su tiranía, como confiesa sin escrúpulos. Muy diferente, pues, del Eteocles esquilero, preocupado de proteger a su pueblo; es un egoísta dominado por la ambición, un ejemplo del político que no vacila en someter a peligros terribles a la polis con tal de mantenerse en el poder sin cuidarse de la justicia. Frente a él, Polinices es el exiliado que acude a reclamar su derecho al trono heredado y a la tierra patria. Tanto el coro como otros personajes insisten en la razón de las reclamaciones de Polinices. (Tal vez en la versión épica de la Tebaida se subrayaba ya este rasgo, que la versión de Esquilo desestimó, y Eurípides aquí recupera.) Pero también él antepone su ambición a la suerte de Tebas.

En contraste con uno y otro, e incluso en contraste con la figura de Creonte, otro político, está Meneceo, el joven dispuesto al sacrificio para salvar a la ciudad. Es una de esas figuras de jóvenes heroicos —como Macaria en Los Heraclidas o Ifigenia en Ifigenia en Áulide— que el dramaturgo nos ofrece en oposición a los poderosos, movidos por la ambición política personal. Eteocles llega a exclamar: "¡Que se hunda toda la casa!" (y. 624), y Creonte: "¡No me importa la ciudad en sí!" (y. 919), mientras Meneceo se suicida dando su sangre al suelo ávido de compensación por la muerte del Dragón indígena. Antígona —aun si dejamos de lado su enfrentamiento a Creonte en la esticomitia que creemos añadida— es también una joven dispuesta a ofrecer su vida al acompañar a su padre en el exilio y la indigencia, en una decisión tanto más valiente cuanto que es una doncella tímida y recatada. Edipo, como él mismo reconoce, es una especie de sombra del héroe pasado, una figura fantasmal, víctima de un demon implacable.

Todos estos personajes forman un conjunto patético bien conocido a los espectadores. Su psicología está claramente trazada en las escenas del drama. El destino que aniquila la casa de Edipo se halla fatalmente insito en los propios caracteres.

4. — El tema tratado por Eurípides estaba ya poetizado épicamente en la Tebaida (s. vii a. C.), que sólo conocemos por resúmenes y breves fragmentos<sup>5</sup>. Luego Esquilo en sus Siete contra Tebas ofreció una versión trágica del asedio de la ciudad por los siete jefes argivos y del duelo fatídico entre los dos hermanos. Pero antes del tratamiento trágico existió uno lírico, que ahora conocemos en parte por un papiro de Lille (P. Lille 76) descubierto en 1974 y editado en 1976 por O. P. Ancher y C. Meiller. Con el título de "La réplica de Yocasta" aparece reeditado y comentado por J. Bollack, P. Judet y H. Wismann en Cahiers de Philologie, 2, 1977. La mayoría de los estudiosos lo atribuyen a Estesicoro como fragmento de un amplio poema, mientras Bollack y colaboradores prefieren no pronunciarse por un autor lírico determinado. En las líneas conservadas tenemos una propuesta de Yocasta para la reconciliación de Eteocles y Polinices, frente al funesto augurio de Tiresias que dice que perecerán los dos hermanos o la ciudad de Tebas. Es muy interesante que Yocasta juegue este papel que recuerda su intervención dramática en Fenicias, y que el viejo adivino cumpla su ya típica función dramática de agorero de desgracias. Bollack y otros destacan las diferencias entre el tratamiento lírico y el trágico (en especial, frente a Fenicias,

<sup>5</sup> Sobre estos fragmentos remito al lector a la versión de A. BERNABÉ, Fragmentos de la épica griega arcaica, B. C. G., núm. 20, Madrid, Gredos, 1979, págs. 57-70. cf. pág. 85). En su reciente artículo sobre este fragmento F. R. Adrados opina que pertenece al poema de Estesicoro Erifila. Publi. en la rey. Emerita, XLVI (1978), págs. 251 y sigs.

## Estructura del drama

El PRÓLOGO (1-201) está compuesto por dos escenas: el recitado inicial de Yocasta (vv. 1-87) que expone los antecedentes de la situación trágica, como es muy frecuente en otros prólogos de Eurípides; y el diálogo entre el Pedagogo y Antígona (vv. 88-201) en lo alto de los muros, mientras observan el movimiento de tropas enemigas que atacan la ciudad, una brillante escena con precedente épico en la teichoscopia del canto III de la *Iliada*.

PÁRODO (202-260), en que el coro formado por mujeres fenicias explica su presencia en Tebas (enviadas desde Tiro al templo de Apolo en Delfos, de paso por Tebas se han visto detenidas por el asedio guerrero) y su interés afectivo en los destinos de la ciudad (por ser descendientes de la misma familia que a través del antiguo Cadmo dio origen a Tebas).

EPISODIO 1º (261-637). Entra Polinices, receloso, en la ciudad. Encuentro y coloquio con su madre Yocasta. Se presenta luego Eteocles (y. 446). Diálogo entre los hermanos y su madre, que no logra reconciliarlos. El enfrentamiento, en forma de típico agón, entre los dos hijos de Edipo sirve para definir mejor sus caracteres, y mostrarnos lo imposible de una solución pacífica al conflicto, como quería Yocasta, llevada por su afecto materno.

ESTÁSIMO 1º (638-696). El coro recuerda la leyenda de la fundación de Tebas: la muerte del dragón indígena apedreado por Cadmo y el origen de los Espartos.

EPISODIO 2º (697-783). Diálogo entre Eteocles y su tío Creonte, donde éste con sus consejos prudentes rectifica la impaciente estrategia del joven monarca, quien le confía el gobierno de la ciudad y el matrimonio de Antígona con Hemón en caso de perecer en el combate próximo.

ESTÁSIMO 2º (784-833). El coro evoca en su canto la oposición entre el dios de la guerra, el feroz Ares, y Dioniso, con sus gozos pacíficos y armoniosos. Alude a los prestigios y glorias pasadas de Tebas, ahora amenazada por el asedio.

EPISODIO 3º (834-1018). El viejo adivino Tiresias acude a dialogar, conducido por Meneceo, con Creonte. Tras un corto intento de evasión, Tiresias profetiza que la salvación depende del sacrificio de Meneceo. Creonte rehúsa ofrecer la vida de su hijo por la victoria de la ciudad. Mientras éste se retira, Meneceo informa al Coro de su decisión de suicidarse en beneficio de Tebas.

ESTÁSIMO 3º (1019-1066). El coro elogia la heroica determinación del joven, y alude de nuevo a la crueldad de la Esfinge y al fatídico destino de Edipo y su familia.

EPISODIO 4º (1067-1283). Un mensajero acude ante Yocasta para informarla de la muerte de Meneceo y del desarrollo posterior de la batalla al pie de los muros. Como Yocasta insiste en conocer hasta el fin la suerte de sus hijos, el Mensajero, a su pesar, cuenta que ambos van a enfrentarse en combate cuerpo a cuerpo. Yocasta llama a toda prisa a Antígona para que la acompañe, en un intento de detener la lucha mortífera entre los dos hermanos.

ESTÁSIMO 4º (1284-1307). El coro expresa en un patético y agitado canto su angustiado presentimiento y su compasión ante la catástrofe.

ÉXODO (1308-1766). Es el más largo de todos los de Eurípides —excediendo en longitud incluso al del Heracles— y contiene varias escenas distintas. La extraordinaria extensión ha podido resultar de los añadidos e interpolaciones de que ha sido objeto esta sección. (Prácticamente todos los estudiosos de la pieza lo han destacado, aunque difieran el número, mayor o menor, de los versos que consideran añadidos a la redacción original de Eurípides.) En cuanto a la falta de unidad de este éxodo —que, de acuerdo con la definición aristotélica es sencillamente la sección que va desde el último canto del coro al final del drama— puede explicarse, en cierto modo, por esas mismas interpolaciones. Podemos distinguir tres escenas: la entrada en escena de Creonte con el cadáver de Meneceo (vv. 1306-1334) (escena que algunos estudiosos consideran espúrea), el relato del Mensajero (1335-1484), y el diálogo, en parte lírico y en parte recitado, entre Antígona, Creonte y Edipo (1485-1766), que concluye la obra.

Esta última escena está separada de la anterior por la patética monodia de Antígona (1485-1538), a la que sigue la entrada en escena de Edipo (y. 1539). Si se acepta la atétesis de los vv. 1306-1334, Creonte vuelve a aparecer con los versos 1584 y sigs., para enfrentarse con Edipo y, sobre todo, con Antígona en un agón esticomítico (que recuerda el más célebre de la tragedia sofoclea), que queda enmarcado por los lamentos líricos anteriores y los posteriores (1710-1766), en los que el viejo sufridor Edipo y la joven princesa se disponen a partir al exilio.

## ARGUMENTO

Eteocles, una vez que tomó el poder monárquico en Tebas, despoja de su turno a su hermano Polinices. Exiliado, éste se presentó en Argos y desposó allí a

la hija del rey Adrasto, atesorando la ambición de regresar a su patria. Y, persuadiendo a su suegro, congregó un considerable ejército para llevarlo contra su hermano en Tebas. Su madre, Yocasta, le convenció para que, con un salvoconducto de tregua, entrara en la ciudad y dialogara antes sobre el poder. Al mostrarse furioso Eteocles en defensa de su tiranía, Yocasta no logró reconducir a la amistad a sus hijos, y Polinices abandonó la ciudad, dispuesto a presentarse en adelante como contendiente en la guerra.

Vaticinó Tiresias que la victoria sería para los tebanos, si el hijo de Creonte, Meneceo, se ofrecía como víctima en un sacrificio a Ares. Entonces Creonte se negó a ofrecer a la ciudad a su hijo, pero el joven tomó la decisión, aun cuando su padre le facilitaba la huida con dineros, de sacrificarse. Y así lo hizo. Luego los tebanos mataron a los jefes de los argivos. Eteocles y Polinices en combate personal se dieron muerte uno a otro. Entonces su madre, al encontrar muertos a sus hijos, se degolló, y el hermano de ella, Creonte, heredó el poder real.

Los argivos, derrotados, se retiraron de la batalla. Pero Creonte, rencorosamente, no devolvió los cadáveres de los enemigos caídos al pie de la muralla Cadmea para su sepultura, arrojó sin honras fúnebres a Polinices, y expulsó a Edipo como desterrado de su tierra patria, sin acatar en un caso la ley humana, y dejándose llevar en otro por la indignación y sin apiadarse ante el infortunio.

Son muy emocionantes las Fenicias por su carácter mágico. Pues queda muerto el hijo de Creonte que se suicida en la muralla en favor de la ciudad, mueren también los dos hermanos a manos el uno del otro, y Yocasta, su madre, se quita la vida sobre sus cadáveres; y perecen los argivos que hacían campaña contra Tebas; también queda expuesto sin tumba Polinices, y Edipo es desterrado de su patria y junto con él su hija Antígona. Además el drama tiene muchos personajes y está lleno de sentencias, numerosas y bellas.

## ORÁCULO

Labdácida Layo, próspera progenie de hijos imploras. Engendrarás un hijo, pero esto te será a ti fatal: dejar la vida a manos de tal hijo. Así lo asintió Zeus Cronída, atendiendo a las funestas maldiciones de Pélope, cuyo hijo raptaste. Él contra ti lanzó todas estas imprecaciones.

## EL ENIGMA DE LA ESFINGE

Hay sobre la tierra un ser bípedo y cuadrúpedo, con una sola voz, que es también trípode. Es el único que cambia de natural de cuantos vivientes habitan en tierra, por el aire y bajo el mar. Pero cuando

camina apoyándose en más pies, es cuando el vigor de sus miembros resulta más débil.

## SOLUCIÓN DEL ENIGMA

Escucha, aunque no quieras, malhadada musa de los muertos, mi voz, término de tus crímenes. Al hombre te referiste, quien, cuando se arrastra por el suelo, a poco de salir del vientre materno es niño cuadrúpedo, y al hacerse viejo apoya como tercer pie su bastón, mientras se encorva su cuello, abrumado por la edad.

Layo, que venía de Tebas, por el camino contempló a Crisipo, el hijo de Pélope. Enamorado de él pensó en llevárselo consigo a Tebas. Como éste se negaba a seguirle, Layo lo raptó, a escondidas de su padre. Después de mucho lamentarse por la pérdida de su hijo, él se enteró y al enterarse lanzó contra el raptor la maldición de que no engendrara hijos, o, si tal sucedía, que fuera asesinado por su descendiente.

## ARGUMENTO DEL GRAMÁTICO ARISTÓFANES

Expedición de Polinices con los argivos contra Tebas y destrucción de los hermanos Polinices y Eteocles y muerte de Yocasta. El tema mítico está en Esquilo, en Los Siete contra Tebas, excepto la figura de Yocasta... siendo arconte Nausícrates... segundo fue Eurípides... dejó una pieza sobre este asunto. Respecto a eso también Enómao y Crisipo y... se conserva. El coro está formado por mujeres fenicias. Recita el prólogo Yocasta. El drama es hermoso también por sus cuadros escénicos, aun cuando resulta recargado. La escena de Antígona oteando [el campo enemigo] desde la muralla no forma parte de la acción dramática; y la de Polinices que viene a parlamentar para en nada; y la del final, de una lírica verbosa, de Edipo al partir al destierro, está añadida como un remiendo superfluo.

## PERSONAJES

YOCASTA. / PEDAGOGO. / ANTÍGONA. CORO de Fenicias. / POLÍNICES. / ETEOCLES. / CREONTE. / TIRESIAS. / MENECEO. / MENSAJERO. / Otro MENSAJERO. / EDIPO.

La acción transcurre en Tebas, ante el Palacio Real.

YOCASTA. — (*Enlutada, con el cabello rapado, la vieja Yocasta recita el prólogo*) ¡Oh tú que, entre los astros, por el cielo trazas tu senda, y montado en tu carro de planchas de oro, tras los raudos caballos volteas tu llama, Helios!<sup>6</sup>. ¡Cuán infortunado rayo dejaste caer sobre Tebas el día aquel en que Cadmo llegó a este país al haber abandonado la marina tierra de Fenicia! Él fue quien, antaño, tras haber desposado a una hija de Ciprís, a Harmonía, engendró a Polidoro, del que dicen nació Lábdaco, y de éste, Layo. Yo me tengo por hija de Meneceo, y Creonte es mi hermano, y de la misma madre; y me llaman Yocasta, pues este nombre me impuso mi padre<sup>7</sup>

Layo me toma por mujer. Y cuando, tras largo tiempo de matrimonio, al encontrarse sin hijos en nuestro palacio, [15] va a interrogar a Febo y a pedirle la compañía de hijos varones para nuestro hogar, el dios le respondió: "¡Oh, soberano de Tebas de buenos caballos, no siembres el surco de hijos a despecho de los dioses! Porque, si [20] engendras un hijo, el que nazca te matará, y toda tu familia se cubrirá de sangre."

Pero él, dándose al placer y cayendo en la embriaguez<sup>8</sup>, dejó en mí la simiente de un hijo. Luego de haberlo engendrado, al ser consciente de su falta y de la profecía del dios, [25] entrega el recién nacido a unos pastores a fin de que lo expusieran en el prado de Hera entre las peñas del Citerón, habiéndole atravesado los talones con unos punzones de hierro<sup>9</sup>. Por ese motivo Grecia lo denominó Edipo<sup>10</sup>. Pero unos pastores de caballos del rey Pólipo lo recogieron, lo llevaron a su palacio y lo entregaron en manos de su [30] señora. Ésta acogió en su regazo al fruto de mis dolores y convenció a su esposo de que lo había dado a luz.

Cuando ya se hizo hombre, y aparecía en su mentón la rubia barba, bien porque se enterara él o informado por alguien, se puso en camino hacia la mansión de Febo, con la [35] intención de indagar quiénes eran sus padres, al tiempo que

Layo, mi esposo, quien deseaba conocer si el niño expuesto vivía todavía. Y coincidieron ambos a la vez en Fócida, en la encrucijada del camino<sup>11</sup>.

Entonces le ordena el cochero de Layo: "¡Extranjero, échate a un lado y cede el paso a un rey!" [40] Mas él avanzaba caminando en silencio, orgulloso. Los caballos con sus cascos le tiñeron de sangre sus piernas. Por eso —¿por qué he de relatar lo que excede a mis desgracias?— el hijo mata al padre y, apoderándose de su carro, lo entrega a Pólipo, su padre adoptivo. [45]

Como la Esfinge con sus depredaciones assolaba la ciudad y mi esposo ya no vivía, mi hermano Creonte hace proclamar mi matrimonio. Quien resolviera el enigma de la astuta doncella, ése obtendría mi lecho. Sucede entonces que so mi hijo Edipo acierta las adivinanzas de la Esfinge, por lo que se instala como soberano de este país y recibe el cetro de esta tierra como premio a su victoria. Y toma por esposa a su madre, sin saberlo ¡infeliz!, como tampoco la que lo dio a luz sabe que se acuesta con su hijo.

Doy a luz, de mi hijo, a dos varones: a Eteocles y al [55] ilustre y valiente Polínices; y a dos niñas: a una su padre le dio el nombre de Ismene, y a la otra, la mayor, la llamé yo Antígona.

Pero, al enterarse de que su enlace conmigo había sido una boda con su madre, Edipo, que había soportado todos los padecimientos, asesta a sus propios ojos un horrible aniquilamiento, ensangrentando con los dorados punzones de una fibula sus pupilas.

Y, apenas se sombreó de barba el mentón de nuestros hijos, ellos ocultaron bajo cerrojos a su padre, para que su 65 infortunio quedara olvidado, lo que requiere muchos trucos. Aún vive en el interior del palacio. Desvariando a causa de la desdicha, invoca sobre sus hijos las más impías maldiciones: que con el afilado hierro desgarran esta casa. [70] A ambos les invadió el temor de que los dioses dieran cumplimiento a las maldiciones, en caso de convivir juntamente, y de

<sup>6</sup> "La vieja reina madre no encuentra, en su soledad, otro testigo a su desolación que el mudo astro que se alza sobre la escena en el claro cielo. Pero el patetismo de la invocación inicial se ve desdibujado por el tono retórico del prólogo, desde la ya tópica personificación de Helios como flamígero auriga a la exposición siguiente, pródiga en detalles superfluos.

Los comentaristas han encontrado dos invocaciones parecidas en SÓFOCLES, en *Electro* 86 y sigs. y *Antígona* 100 y sigs. (versos líricos con los que el protagonista y el coro, respectivamente, entran en escena). Pero este pasaje de Eurípides fue el más imitado: por TEODECREs (ftg. 10 Snell); por los latinos Accio, Ar'ui.ayo y SÉNECA (Hércules enloquecido. vv. 592 y sigs.), y por R.-cn-ia, al comienzo de su obra *La Thé balde ou les Frés ennemis*.

<sup>7</sup> En Homero su nombre es Epicasta. Ulises cuenta que la vio entre las sombras del Hades, en *Od.* XII 271: "Y vi a la madre de Edipo, la hermosa Epicasta".

<sup>8</sup> Aunque un escoliasta anote que "a causa del vino" y también APOLODORO (III 5, 7) apunte que estaba "borracho" (οἰνοθεῖς), la expresión que traducimos por "embriaguez" (ρο βάκχεῖον) puede interpretarse como "delirio, desvarío o frenesí, producido por el placer", sin que sea forzosa la intervención del vino para llegar a ese estado "báquico" de descontrol en el que incurre Layo.

<sup>9</sup> Frente a estos "punzones de hierro" (siderd kéntra). en el y. 805 se habla de "fibulas de oro" (chrysodótois perónais), lo que ha dado lugar a muchos comentarios. (Véase M. Dos SANTOS AL VES, *As Fenicias*, Coimbra, 1975, págs. 333-336, n. 15).

<sup>10</sup> Es decir "Pies hinchados", según la etimología ya evocada por SÓFOCLES, en E. R. 1034 y sigs. Entre los intérpretes modernos del mito de Edipo, Cl. Lévi-Strauss señala que este nombre, en línea con los de sus antecesores, Layo (el "Torcido") y Lábdaco (el "Patizambo"), aludiría a la dependencia íntima de Edipo con la tierra, sobre la que torpemente camina.

<sup>11</sup> En la famosa encrucijada convergen los caminos procedentes de Tebas, Daulia y Delfos, en un impresionante escenario natural, entre montañas solitarias. La versión del encuentro es algo diferente en SÓFOCLES, E. R. 798 y sigs.; donde Edipo viene de Delfos, tras haber consultado ya al Oráculo.

común acuerdo establecieron que el más joven, Polinices, se exiliara primero, voluntariamente, de esta tierra, y que Eteocles se quedara para detentar el cetro del país, [75] cambiando sus posiciones al pasar un año. Pero una vez que se estableció junto al timón de mando, él no abandona el trono, y expulsa, como desterrado de este país, a Polinices.

Éste se fue a Argos, emparentó políticamente con Adrasto, y, habiendo reunido un numeroso ejército de argivos, lo guía; y, presentándose ante estos mismos muros de siete<sup>12</sup> [80] puertas, reclama el cetro paterno y su parte de tierras. Yo, tratando de resolver la discordia, he convencido a mi hijo de que acuda, bajo tregua, ante su hermano antes de apelar a la lanza. El mensajero enviado asegura que él vendrá. Con que, ¡oh tú, que habitas los luminosos repliegues del cielo, Zeus!, sálvanos, y permite el acuerdo entre mis [85] hijos. No vas a consentir, ya que<sup>13</sup> eres sabio, que un mismo mortal persista siempre en la desdicha. (*Se retira hacia el interior del palacio. Aparece subiendo a la terraza el pedagogo, y, tras él, la princesa Antígona.*)

PEDAGOGO<sup>14</sup>. — Antígona, glorioso retoño para este palacio de tu padre, ya que tu madre te ha permitido abandonar las habitaciones de las doncellas para subir al piso [90] superior de la casa a fin de que contemples el ejército de los argivos a ruegos tuyos, aguarda, para que escrute el terreno, no vaya a ser que nos surja en el sendero alguno de los [95] ciudadanos, y se suscite un ruin reproche contra mí como esclavo y contra ti como princesa. Bien enterado voy a contarte todo cuanto vi y escuché de los argivos cuando fui a llevar las treguas a tu hermano de

aquí allá y a traerlas de nuevo acá de su parte. Ahora ningún ciudadano se aproxima a este palacio. [100] Avanza paso a paso por la vieja escala de cedro. Observa el llano, a lo largo del curso del Ismeno y el manantial de Dirce. ¡Qué numeroso es el contingente de los enemigos!

ANTÍGONA. — Tiende, pues, tiende tu anciana mano [105] hacia la joven mía, desde esos escalones, ayudándome a alzar mis pies.

PEDAGOGO. — Toma, ágárrate, muchacha. Has llegado en el momento justo. Porque se pone en movimiento el ejército pelásgico<sup>15</sup> y se separan unos de otros en escuadrones. [110]

ANTÍGONA. — ¡Ah, soberana hija de Leto, Hécate!<sup>16</sup> ¡Toda la llanura refulge cubierta de bronce!

PEDAGOGO. — Desde luego que no ha vuelto ruinmente a su tierra Polinices, sino con el fragor de numerosos corceles e innúmeras armas.

ANTÍGONA. — ¿Estarán los portones con cerrojos...? ¿Están las barras ligadas con bronce bien ajustadas a las construcciones pétreas de la muralla de Anfión? [115]

PEDAGOGO. — No temas. La ciudad mantiene con firmeza sus defensas. Con que mira quién es el primero del que quieres informarte.

ANTÍGONA. — ¿Quién es ése del penacho blanco, que [120] avanza al frente del ejército blandiendo con ligereza en su brazo un escudo todo de bronce?<sup>17</sup>

<sup>12</sup> El número legendario de siete puertas parece provenir del poema épico La Tebaida (s. yo). Se ha discutido si la ciudadela Cadmea poseía realmente tal número de portones en su muralla. Así, p. e., Wilamowitz sostenía que sólo habría tenido tres: el del N. E. (Puerta Prétida), para la nita hacia Calcis, el del Sur (P. Electra), hacia Platea y Atenas, y el del N. O. (P. Neista), hacia Lebadea. Los nombres de las Siete Puertas, así como los de los Siete Caudillos argivos que las atacan, ofrecen una coincidencia básica y divergencias en dos o tres casos, según los autores que los dan (EsQuiLo, S. T. 375 y sigs.; EuluPIDas, F. 1140 y sigs.; PAUSANIAS, IX.8.4; APOLODORO, Bibl. III 6, 6; EstAdo, Teb. VIII 353 y sigs.). (Más detalles sobre este punto en A. C. PEARSON, Euripidis Phoenissae, Cambridge, 1909, págs. 2 14-9, y DOS SANTOS AL VES, o. c., págs. 342-4.)

<sup>13</sup> Traduzco como causal la conjunción *el*, que puede tener también un sentido condicional (= "si es que eres sabio"). Es probable que Eurípides juegue con la ambigüedad del vocablo. Aquí, tratándose de una plegaría, nos ha parecido más reverente el sentido causal. Obsérvese, por otra parte, que el prólogo, que había comenzado con una invocación al divino Helios, concluye con ésta a Zeus. Ambos dioses habitan en el cielo y lo ven todo, pero sólo Zeus es providente y justo, según la concepción tradicional. Conviene, por otra parte, subrayar la importancia de estos versos, con la exigencia de que exista, garantizada por los dioses, una medida de dolores como la hay de los éxitos, medida que, en el caso de Edipo y de Yocasta, la vieja reina supone ya colmada.

<sup>14</sup> Aquí comienza la escena segunda de este prólogo, modela sobre la "contemplación desde los muros" (teichoscopia) del Canto III de la Iliada, donde Helena le explica a Príamo los nombres de los principales caudillos aqueos. También aquí, como allí, son un viejo, el pedagogo, y una mujer joven los interlocutores. La emoción de Antígona se expresa en su canto, frente al recitado del pedagogo. Al revés que en el modelo homérico, aquí es la joven quien interroga y el viejo quien le informa.

Algunos, como el autor del Argumento 1 han criticado esta escena, como inútil para la acción. Pero no es así. Eurípides se sirve de ella para darnos una representación más viva del ejército sitiador, a través de las preguntas de la emocionada joven. Tras el prólogo habitual, que tiende a resultar frío y un cuché retórico en nuestro trágico, esta escena novedosa aporta un toque atractivo y vivaz. En cierto modo algo similar pasa con las escenas del comienzo de Ifigenia en Aulide.

<sup>15</sup> Como en otros pasajes, "pelásgico" equivale a "argivo". Tal vez porque Argos fuera considerada la patria ancestral del pueblo pelaso, o por Pelasgo, mítico rey de Argos.

<sup>16</sup> Curiosa identificación de Hécate con Ártemis. La invocación de la tenificante diosa nocturna está motivada por el espanto. La identificación con Ártemis viene probablemente de la conexión de ambas como divinidades lunares; aunque algunos piensan que Hécate pudo ser un epíteto de la antigua Ártemis. A Hécate se le rendía culto en Beocia, y Antígona puede acaso invocarla como protectora local.

<sup>17</sup> La evocación de los más famosos capitanes argivos, con sus terribles emblemas, estaba ya hecha, en otro estilo, en Los Siete

PEDAGOGO. — Un jefe de escuadrón, señora...

ANTÍGONA. — ¿Quién, de dónde procede? Aclárame, anciano, cómo se llama.

PEDAGOGO. — Ése se estima micénico por su linaje, [125] pero habita los pantanos de Lema, el soberano Hipomedonte.

ANTÍGONA. — ¡Ah, ah! ¡Qué soberbio, qué espantoso es su aspecto, parecido a un gigante nacido de la tierra; de ojos centelleantes, como en las pinturas, no semejante a la [130] raza de los efímeros!

PEDAGOGO. — ¿No ves al que vadea el agua de Dirce?

ANTÍGONA. — Distinto, distinto es el estilo de su armamento. ¿Quién es ése?

PEDAGOGO. — Es el hijo de Eneo, Tideo, y alberga en su pecho el ardor guerrero de los etolios. [135]

ANTÍGONA. — ¿Ése es el que, en una boda paralela, se ha casado, anciano, con una hermana de la esposa de Polinices? ¡Qué extraño el color de su armadura, semibárbaro!

PEDAGOGO. — Es que todos los etolios llevan el escudo [140] largo y son habilísimos lanzadores de sus picas.

ANTÍGONA. — ¿Y tú, anciano, cómo sabes eso tan claramente?

PEDAGOGO. — He conocido los emblemas de sus escudos, que vi entonces, cuando fui a llevar las propuestas de tregua a tu hermano, y al contemplarlos reconozco a los que llevan tal armadura. [145]

ANTÍGONA. — ¿Quién es ése que cruza junto a la tumba de Zeto, de melena con bucles, de aterradora mirada, joven de aspecto, un jefe de tropas, porque le rodea una multitud armada en pos de él? [150]

PEDAGOGO. — Ese es Partenopeo, de la estirpe de Atalanta.

ANTÍGONA. — ¡Entonces, ojalá que Ártemis, que por los montes en compañía de su madre corre, le haga morir hiriéndole con sus flechas, a él que vino a destruir mi ciudad!

PEDAGOGO. — Que así sea, hija. Pero acuden a este país [155] con justicia. Lo que temo que, rectamente, tengan en cuenta los dioses.

ANTÍGONA. — ¿Dónde está el que nació de la misma madre que yo, en un aciago destino? Ah, queridísimo anciano, dime, ¿dónde está Polinices?

PEDAGOGO. — Aquél de allí, junto a la tumba de las [160] siete hijas de Niobe. Está colocado al lado de Adrasto.<sup>18</sup> ¿Lo ves?

ANTÍGONA. — Le veo desde luego; no claramente, pero veo de algún modo la silueta de una figura y un talle que parecen los suyos. ¡Ojalá que, como en la carrera de una volandera nube, pudiera con mis pies a través del aire llegar hasta mi hermano, y echarle mis brazos alrededor del [165] cuello queridísimo, después de tanto tiempo, al infeliz desterrado! ¡Cuán magnífico está con sus armas de oro, anciano, relumbrando como los rayos del sol en el alba!

PEDAGOGO. — Vendrá a este palacio, con el [170] salvoconducto de la tregua, para llenar tu corazón de júbilo.

ANTÍGONA. — Y ése, anciano, ¿quién es? El que dirige con las riendas desde lo alto un carro blanco.

PEDAGOGO. — Ése es el adivino Anfiarao<sup>19</sup>, señora. Con él van las víctimas sacrificiales, torrentes de sangre gratos a [175] la tierra<sup>20</sup>.

ANTÍGONA. — ¡Oh, hija de Helios de refulgente halo<sup>21</sup>, Selene, resplandor de áureo círculo, qué serena y prudentemente maneja la vara al dirigir a los corceles! ¿Y dónde está. el que lanza contra esta ciudad las terribles insolencias? [180]

PEDAGOGO. — ¿Capaneo? Aquél maquina las escaladas a las torres, calculando de arriba y abajo la altura de las murallas.

---

contra Tebas vv. 375 y sigs. En Fenicias 1104-1140 se repite, en el relato del mensajero. Tal repetición es la razón básica para considerar espurio este segundo pasaje, que se supone interpolado para suplir la ausencia de la teichoscopia en representaciones tardías del drama.

<sup>18</sup> Adrasto no figura otras veces como uno de los Siete, sino como comandante en jefe de la expedición argiva (EsQ., 1. cit.;

<sup>19</sup> 1316; EUR., Supl. 871 y sigs., y, en esta misma obra, Fen. 1187). Parece sustituir a Eteoclo, que no es mencionado aquí.

<sup>20</sup> Anfiarao recorre el campo de batalla llevando sobre su carro las víctimas recién sacrificadas, cuya sangre chorrea sobre la tierra en torrentes propiciatorios. A la prudencia del malhadado Anfiarao se opone la soberbia fanfarrona de Capaneo. Las conductas de uno y otro reclaman de los dioses un pago muy distinto, como así será. Por eso Antígona, tras admirar la actitud de Anfiarao, pregunta por Capaneo, como para borrar cualquier augurio favorable para el ejército argivo.

<sup>21</sup> El adj. *liparózonos*, propiamente "de refulgente cinturón", se explica sólo a personajes femeninos, por lo que se ha conjeturado (Badham, Nauck) en lugar de Aeliou la lectura de hó Lótous, "la hija de Leto"; es decir, Ártemis, de nuevo identificada con la Luna. Por otra parte, Selene no es hija, sino hermana de Helios en la mitología tradicional (cf. HasioDO, Teog. 371).



ANTÍGONA. — ¡Aaoh! ¡Némesis y truenos de Zeus de [185] hondo bramido, y calcinante resplandor de los rayos! Tú, en efecto, derribas la arrogancia humana. Ahí está ése, que con su lanza quiere ofrecer a las tebanas, como cautivas de guerra, a las micénicas, y a Lerna, donde con su tridente Posidón hizo brotar el agua para Amímona, envolviéndonos con la [190] esclavitud. ¡ Que jamás, jamás, oh soberana, vástago de Zeus, la de rizos de oro, Ártemis, haya de sufrir la servidumbre!

PEDAGOGO. — ¡Eh, hija, entra en la casa y quédate bajo su [195] techo en las habitaciones de las doncellas, en las tuyas, puesto que ya has satisfecho el anhelo de lo que deseabas contemplar! Que un tropel de mujeres, al insinuarse la confusión en la ciudad, avanza hacia el palacio real. El género femenino es de natural amante del chismorreo, y en cuanto consiguen [200] mínimos pretextos a sus charlas los aumentan mucho. Es un placer para las mujeres el no decir nada bueno unas de otras. (*Antígona y el Pedagogo descienden y desaparecen de escena, mientras entran en la "orquestra" las Fenicias del coro.*)

CORO. Estrofa 1ª: Dejando atrás la costa de Tiro he venido, desde la isla fenicia, como primicia del botín consagrada a Loxias, [205] esclava del templo de Febo, que se estableció allá al pie de las gargantas nevadas del Parnaso. A través del mar Jonio [210] he navegado mientras el remo batía las estériles llanuras en torno a Sicilia<sup>22</sup> cuando el Céfiro cabalgaba con sus ráfagas en el cielo, con primoroso rumor.

Antistrofa 2ª: Escogida en mi ciudad como el más hermoso presente [215] para Loxias, he llegado al país de los Cadmeos, enviada aquí, a estas torres del reino de Layo, de los ilustres Agenóridas<sup>23</sup>, de mi misma raza. Igual que las estatuas [220] trabajadas en oro vine a parar en esclava al servicio de Febo. Pero aún me aguarda el agua Castalia para bañar la gala virginal de mis cabellos en las ceremonias rituales del dios. [225]

Epodo.: ¡Aaoh! ¡Resplandeciente peña, fulgor de doble cresta de fuego sobre las cimas báquicas de Dioniso, y tú, cepa que cada día derramas en continua eclosión la uva [230] arracimada, divinas cavernas del Dragón y montaraces atalayas de los dioses, y sagrada montaña que cubre la nieve! ¡Ojalá que, libre de temores llegue a formar el coro

que da vueltas en honor del dios inmortal, junto a las cavidades del [235] ombligo terrestre, en dominios de Febo, dejando atrás la fontana de Dirce!

Estrofa 2ª: Pero ahora, frente a mi, ante estos muros se presenta un furioso Ares para incendiar en sangre y llamas — ¡lo que [240] ojalá no consiga!— esta ciudad. Porque común es la [245] congoja de los parientes, y si algo sufre esta tierra de las siete puertas, alcanzará también al país de Fenicia. ¡Ay! ¡Ay! ¡Común es la sangre, comunes los hijos nacidos de la cornuda lo! Sus penas me afectan a mí.

Antistrofa 2ª: [250] En torno a la ciudad una nube densa de escudos destelía, una imagen del combate mortero, que pronto Ares decidirá [255], aportando a los hijos de Edipo el castigo de las Erinias. ¡Oh Argos Pelásgico! Temo tu impulso guerrero y la decisión de los dioses. Pues no avanza a una injusta [260] contienda el hijo que por las armas viene a recuperar su hogar. (*Por la izquierda entra, vestido con toda su armadura, Polinices.*)

POLINICES. Los cerrojos de los vigilantes de los portones se me abrieron sin dificultad para que viniera al interior de la muralla. Temo sin embargo, que, una vez que me tengan atrapado dentro de sus redes, no me dejen escapar [265] sin cubrirle de sangre. Por eso he de dirigir mi mirada a todas partes, por allí y por aquí, no sea que haya alguna emboscada. Con mi armadura y el puño en la espada voy a procurarme a mí mismo la garantía de mi audacia.

¡Eh! ¿Quién está ahí? ¿Es que vamos a asustarnos de un [270] ruido? Cualquier cosa, desde luego, se les hace temible a los audaces, cuando ponen pie en tierra enemiga. Confío, no obstante, en mí madre, y a la vez desconfío de ella que me [275] persuadió a acudir aquí bajo tregua. Pero ahí tengo un refugio: que ahí al lado están los hogares de un altar, y no está desierto el palacio. ¡Vamos! Dejaré en su sombría vaina mi espada y preguntaré a esas mujeres que están delante de la casa.

Extranjeras, decidme: ¿de qué patria habéis acudido a las viviendas de la Hélade?

CORIFEO. — Fenicia es la tierra patria que me crió, y los [280] hijos de los hijos de Agenor me enviaron aquí como ofrenda escogida del botín de guerra de Febo. Estaba a punto de remitirme el ilustre vástago de Edipo hacia el venerable oráculo

<sup>22</sup> No está muy claro el itinerario marítimo del coro. Para unos comentaristas "la isla fenicia" sería la península de Tiro; para otros, la de Cartago. Esta segunda localización puede explicar mejor el paso por el Mar Jonio y por aguas sicilianas; mientras que el viaje a Delfos a través de Beocia se explica mejor suponiendo una procedencia del E. Cartago, fundada por agentes de Tiro, podría ser mencionada como "costa de Tiro". La precisión geográfica no le preocupa al dramaturgo

La ofrenda de seres humanos al dios de Delfos, como cumplimiento de un voto por una victoria guerrera o por otro motivo, está atestiguada en Otros casos (PLUTARCO, Tes. 16, De PU. Orac. 402 a).

<sup>23</sup> Hijos de Agenor fueron Cadmo, fundador de Tebas, y Fénix, antepasado epónimo de los fenicios.

y altar de Loxias, y en ese momento asediaron los argivos la [285] ciudad. Contéstame a cambio tú: ¿quién eres para penetrar así en la fortaleza de siete puertas de la tierra tebana?

POLINICES. — Mi padre es Edipo, el hijo de Layo, y me dio a luz Yocasta, hija de Meneceo. El pueblo de Tebas me [290] llama Polinices.

CORIFEO. — ¡Ah, pariente de los descendientes de Agenor, de mis reyes, por quienes fui enviada! De rodillas prosternándome te saludo, soberano, acatando la costumbre de mi patria. ¡Llegaste, al fin, a la tierra de tus padres! [295] ¡Aoh! ¡Aoh! ¡Acude, reina, ante la casa! ¡Haz abrir las puertas! ¿No escuchas, madre, que tu hijo está aquí? ¿Por qué tardas en atravesar las salas techadas y en echarle los [300] brazos a tu hijo?

YOCASTA. — Al oír vuestro grito fenicio, jóvenes, arrastro con mis ancianos pies un tembloroso paso. ¡Ay, hijo, por fin, al cabo de incontables días vuelvo a [305] ver tu rostro! Rodea mi pecho con tus brazos, dame la caricia de tus mejillas, y que el mechón negro de los rizos de tu melena venga a sombrear mi cuello. ¡Ay! ¡Ay! A duras [310] penas, contra toda previsión y de modo inesperado hete aquí entre los brazos de tu madre. ¿Qué voy a decirte? ¿Cómo recoger del todo, con mis manos y palabras la arremolinada alegría, danzando a tu alrededor por el gozo de [315] conseguir mis antiguos anhelos de felicidad? ¡Ay, hijo, vacía la casa paterna dejaste, al marcharte desterrado por la injuria de tu hermano! ¡Cuán anhelado por tus amigos, cuán [320] anhelado por Tebas! Por ese motivo he cortado mi cabello gris, llorando he cedido en señal de luto mi cabellera [325] despojándome de peplos blancos, hijo mío, y los he trocado por estos andrajos oscuros y lúgubres. Y el anciano, desde que la [330] pareja fraterna se desgajó del hogar alberga sin cesar el arrepentimiento cubierto de lágrimas. Se arrojó tras una espada para un golpe suicida, y trató de ahorcarse de una viga, [335] deplorando sus maldiciones sobre sus hijos. Entre incesantes aullidos de desesperación se esconde en las tinieblas.

Ya sé por oídas que tú, hijo mío, te has unido ya en [340] matrimonio para tener el placer de fundar una familia., en una tierra extraña y para conseguir una alianza con extraños, ¡cruel ofensa a tu madre y a la antigua estirpe de Layo! ¡Un matrimonio que atrae la destrucción! Yo ni siquiera alumbré para ti la luz de la antorcha ritual en las ceremonias [345] nupciales, como le toca a una madre feliz. El Ismeno contrajo el parentesco sin aportar la gala de sus aguas al baño de bodas, y a la entrada de la recién desposada en tu casa respondió sólo silencio en la ciudad de Tebas. [

350] ¡Ojalá perezca todo esto, sea quien sea el culpable, el hierro, la discordia, tu padre, o el elemento demoníaco que se aposentó en la mansión de Edipo! Pues sobre mi han descargado las congojas de tantas desgracias.[355]

CORIFEO. — Terribles son para las mujeres los partos acompañados de dolores; y, sin embargo, todo el género de las mujeres ama los hijos.

POLINICES. — Madre, con decisión prudente, e imprudente, he acudido hasta mis enemigos. Que a todos obliga firmemente el amor a la patria. Y quien diga otra cosa, juega [360] con sus palabras, pero disimula su pensamiento. Mas estaba tan asustado y vine con tal temor, de que acaso alguna emboscada de mí hermano me diera muerte, que he cruzado por la ciudad volviendo mis miradas en derredor. Una sola [365] cosa me protege: la tregua y la confianza en ti, la que me hizo penetrar en la muralla patria. Muy lloroso he venido, al contemplar después de tanto tiempo las casas y los altares de los dioses, los gimnasios en los que me eduqué y el agua de Dirce. Yo, que injustamente fui apartado de aquí y habito una ciudad extranjera, manteniendo en mis ojos una fuente [370] de lágrimas. Conque ahora, ¡dolor tras dolor!, te veo de nuevo, con la cabeza rapada y con vestidos negros, ¡ay de mí, de mis desgracias! ¡Cuán terrible es el odio, madre, entre las personas de una misma familia! ¡Y qué difíciles de superar [375] son tales rencillas! ¿Qué hace ahora mi anciano padre, en la casa, viendo sólo tinieblas? ¿Y qué mis dos hermanas? ¿Lloran tal vez, infelices, mi destierro'?

YOCASTA. — De forma cruel alguno de los dioses destruye la estirpe de Edipo. Porque empezó así: que yo: [380] anormalmente tuviera un parto, y que en funesto trance me casara con tu padre y nacieras tú. Pero ¿a qué recordar eso? Hay que soportar lo que nos deparan los dioses. ¿Cómo preguntarte — temo lacerar de algún modo tu corazón— lo que deseo? Me embarga la ansiedad.

POLINICES. — Pues pregunta, no dejes nada sin cumplir. [385] Porque lo que tú quieras, madre, me resultará grato a mi.

YOCASTA. — Bien, te preguntaré primero lo que deseo saber. ¿Qué es el estar privado de la patria? ¿Tal vez un gran mal?

POLINICES. — El más grande. De hecho es mayor que lo que pueda expresarse.

YOCASTA. — ¿Cual es su rasgo esencial? ¿Qué es lo más [390] duro de soportar para los desterrados?

- POLINICES. — Un hecho es lo más duro: el desterrado no tiene libertad de palabra<sup>24</sup>.
- YOCASTA. — Eso que dices es propio de un esclavo: no decir lo que piensa.
- POLINICES. — Es necesario soportar las necesidades de los poderosos.
- YOCASTA. — También eso es penoso, asentir a la necesidad de los necios.
- POLINICES. — Pero en pos del provecho hay que esclavizarse contra el propio natural.
- YOCASTA. — Las esperanzas alimentan a los desterrados, según el dicho<sup>25</sup>.
- POLINICES. — Los miran con buenos ojos, pero luego se der~oran
- YOCASTA. — ¿Ni siquiera el tiempo pone en claro que son vanas?
- POLINICES. — Contienen cierto encanto que dulcifica los daños.
- YOCASTA. — ¿De qué comias, antes de encontrar con tu boda un sustento?
- POLINICES. — Unas veces tenía para pasar el día, otras carecía de ello.
- YOCASTA. — ¿Los amigos y huéspedes de tu padre no te
- POLINICES. — ¡Ten éxito! Nada son los amigos, si uno cae en desgracia<sup>26</sup>.
- YOCASTA. — ¿Ni siquiera tu noble linaje te elevó a alta consideración?
- POLINICES. — Es malo ser pobre. El linaje no me daba [405] de comer.
- YOCASTA. — La patria, según se ve, es lo más querido a los mortales.
- POLINICES. — No podrías precisar con nombres cuán querida resulta.
- YOCASTA. — ¿Cómo llegaste a Argos? ¿Qué plan tenias?
- POLINICES. — Le había dado Loxias a Adrasto cierto oráculo...<sup>27</sup>.
- YOCASTA. — ¿Cuál? ¿Qué es eso a lo que aludes? No [410] puedo entenderlo.
- POLINICES. — Que con un jabalí y un león le convenía casar a sus hijas.
- YOCASTA. — ¿Y a ti qué te tocaba del nombre de esas fieras, hijo?
- POLINICES. — No lo sé. La divinidad me llamó a ese azar.
- YOCASTA. — Sabio, en efecto, es el dios. ¿De qué modo lograste la boda?
- POLINICES. — Era noche, y me presenté en el atrio de [415] Adrasto.
- YOCASTA. — ¿Buscando un refugio para dormir, como un desterrado vagabundo?
- TRAGEDIAS
- POLINICES. — Así fue. Y entonces llegó otro desterrado
- YOCASTA. — ¿Quién era? Sin duda que también era él un desdichado.
- POLINICES. — Tideo, el que dicen que tuvo a Eneo por padre. [420]
- YOCASTA. — ¿Por qué a vosotros luego Adrasto os comparó a fieras?
- POLINICES. — Por la furia con la que nos enfrentamos por causa del cobijo.
- YOCASTA. — Entonces el hijo de Tálao comprendió el oráculo.
- POLINICES. — Y nos entregó a nosotros dos sus dos jóvenes hijas.
- YOCASTA. — ¿Eres ahora feliz o desgraciado en tu matrimonio? [425]

<sup>24</sup> La parroesia, "libertad de palabra", era algo fundamental en la convivencia cotidiana para un ciudadano ateniense, y una característica en la Vida griega de la posición del hombre libre frente a la del esclavo o el bárbaro. Este verso pasó como una sentencia brillante a posteriores antología~ (P. e.: EsTOBEO, XXXIX 17.)

<sup>25</sup> La elpis, "esperanza" tiene en el pensamiento griego un ambiguo aspecto: positivo y negativo. Fue lo que quedó en la jarra de Pandora, según la versión hesiódica. Equivale no sólo a "esperanza", sino también a "ilusión". El dicho o refrán tradicional, que un escoliasta cita, dice que: "las esperanzas alimentan a los hombres vanos". Al mismo pensamiento aluden otros versos trágicos; p. e.: Eso., Ag. 1668; Sór., frg. 862 N.; Eus~, Bac. 617.

<sup>26</sup> Los comentaristas suelen citar como paralelos los versos de Teogfís, 209-10: "Ningún amigo que le quiera y le sea fiel tiene el desterrado; y ello es aún más amargo que el destierro". El verso pasó también a las antologías de sentencias.

<sup>27</sup> El oráculo está citado también por Eurípides en Supl. 133 y sigs. La explicación dada al motivo de la lucha entre las dos fieras (que, como símil del encuentro entre Patroclo y Héctor se encuentra ya en HOM.. II. XVI 823 y sigs.) es, según un escolio, que Tideo llevaba en su escudo el emblema del jabalí de Calidón y Polinices el de la leonina Esfinge tebana.

POLINICES. — No tengo queja de mi boda hasta el día de hoy.

YOCASTA. — ¿Y cómo has convencido al ejército a que te siga hasta aquí?

POLINICES. — A los dos yernos Adrasto nos juró esto, (a Tideo y a mí, que él es mi cuñado): reinstaurarnos a ambos [430] en nuestra patria, y primero a mí. Numerosos jefes de los Dánaos y los Micénicos están ahí ofreciéndome su favor, amargo, pero necesario. Porque marché en campaña contra mi ciudad. Pongo por testigos a los dioses de cuán a mi pesar he alzado la lanza contra mis más próximos familiares, [435] que lo quisieron. Con que a ti te atañe la disolución de estos males, madre, si consigues reconciliar a los hermanos de la misma sangre, para libramos de sufrimientos a ti y a mi y a toda la ciudad.

Aunque es sentencia desde antiguo muy celebrada, la repetiré: "Las riquezas son lo máspreciado para los hombres y lo que tiene mayor efectividad entre las cosas humanas." Por eso es por lo que yo vengo aquí conduciendo incontables lanzas. Un noble en la pobreza no es nada<sup>28</sup>.

CORIFEO. — Ved aquí a Eteocles que viene a parlamentar. Tarea tuya es, madre Yocasta, decir palabras que logren reconciliar a tus hijos. (*Entra por la derecha Eteocles. Se dirige a Yocasta.*)

ETEOCLES. — Madre, aquí estoy. He venido por complacerte. ¿Qué hay que hacer? Que quien sea comience su petición. Porque estaba ordenando en torno a las murallas las dobles filas de soldados y me he detenido para escuchar tus proposiciones de mediación entre los dos; por ellas he [450] aceptado que éste viniera tras los muros, ya que tú me persuadiste.

YOCASTA. — ¡Contente! La precipitación no garantiza, desde luego, la justicia, y los discursos lentos concluyen con mayor acierto. ¡Deja tu mirada terrible y los resoplidos de furia! Pues no contemplas la cabeza degollada de la [455] Gorgona<sup>29</sup>; contemplas a tu hermano que aquí ha venido. Y tú, por tu parte, Polinices, vuelve tu rostro hacia tu hermano. Dirigiendo tus miradas hacia el mismo objeto hablarás mejor y recibirás las palabras de él. A los dos quiero daros un sabio [460] consejo: Cuando un amigo irritado contra un amigo se encuentra en un lugar, que intercambie con las suyas sus miradas. A qué viene, eso sólo es lo que hay que atender, y no guardar memoria de ninguno de los daños del pasado. [465] La

palabra, pues, es, en primer lugar, tuya, Polinices, hijo. Pues tú has venido conduciendo la expedición guerrera de los descendientes de Dánao, por haber sufrido injusticias, según afirmas. Que alguno de los dioses sea juez y conciliador de vuestros daños. [470]

POLINICES. — Sencillo es el relato de la verdad y no requiere además rebuscados comentarios. Porque los hechos mismos le dan oportunidad. En cambio el discurso injusto, al ser enfermizo de por sí, necesita de sabios medicamentos.

En cuanto a mí, antepuse en mi consideración sobre la casa de mi padre mi vida y la de éste, con el deseo de rehuir las [475] maldiciones que Edipo invocó en cierta ocasión contra nosotros. Me salí por mi propia decisión fuera de esta tierra, dejándole a éste ser rey en la patria por el plazo de un año, con la condición de que yo tomaría a mi vez el poder por turno y [480] así no incurriría en enemistad y rivalidad con él para hacer y sufrir cualquier mal, como suele suceder. Pero él, después de haber aprobado esto y de prestar juramento a los dioses, no hizo nada de lo que había prometido, sino que retiene él el poder real y mi parte de la herencia. Incluso ahora estoy [485] dispuesto, si recibo lo que es mío, a reenviar el ejército fuera de esta tierra, y a vivir en la casa familiar cumpliendo mi turno, y a cedérselo de nuevo a él por el mismo plazo; y a no anasar la patria ni aplicar a las torres los asaltos de las f~nes escalas, lo [490] que, de no obtener justicia, trataré de conseguir. Como testigos de esto a los dioses invoco, de que en todo obro con justicia, y sin justicia estoy privado de mi patria, del modo más impío. Los hechos, uno a uno, madre, los he expuesto [495] resumiéndolos sin florituras retóricas, sino de forma ajustada tanto para los doctos como para los simples, según me parece.

CORIFEO. — A mí, si bien no he sido educado en tierra de griegos, sin embargo, me parece sensato, desde luego, lo que dice.

ETEOCLES. — Si a todos les pareciera la misma cosa buena y sabia a la vez, no existiría entre los hombres la [500] discordia de ambiguo lenguaje. Pero en realidad no hay nada idéntico ni ecuánime para los mortales, al margen de los nombres; de hecho no existe tal realidad. Conque yo, madre, hablaré sin ocultar nada. Llegaría hasta las salidas de los astros del cielo y bajaría al fondo de la [505] tierra, si fuera capaz de realizar tales acciones, con tal de retener a la mayor de las divinidades: la Tiranía<sup>30</sup>. Así, pues, ese bien, madre, no estoy

<sup>28</sup>

<sup>29</sup> La más famosa y terrible de las tres Gorgonas era Medusa, de petrificante mirada, a la que degolló Perseo. Como motivo decorativo aparece muy frecuentemente en el arte griego desde la época arcaica. Eurípides alude al tema en otros lugares: Alc. 1118, El. 856, Or. 1520.

<sup>30</sup> La deificación de nociones abstractas es frecuente en Eurípides. P.e., véase luego, en esta misma pieza, la de "Ambición" (Philotimia) en Vv. 53 1-2, y la de "Cautela" (Euld beta) en 782.

Eteocles habla como un sofista, distinguiendo entre las palabras convencionales y la realidad (es decir, insistiendo en que hay

SAN-ros ALVEs, ad loc., págs. 3 85-6.

dispuesto a cederlo a otro en lugar de conservarlo para mí. ¡Cobardía sería, en efecto, que uno, perdiendo lo más, recogiera lo menos! [510] Además de eso, me avergonzaría de que éste, que viene por las armas y devastando el país, consiguiera lo que pretende. Eso sería para Tebas un oprobio, si yo cediera mi cetro ante el terror de la lanza micénica para que él lo detentara [515]. Hubiera debido, madre, tratar él de conseguir la reconciliación sin acompañamiento de armas, ya que la palabra razonable lo conquista todo, al igual que puede someterlo el hierro de los enemigos. Conque si quiere vivir en este país de algún otro modo, ¡sea! Pero lo otro no lo voy a permitir [520] de buen grado; siéndome posible ejercer el poder, ¿voy a ser alguna vez esclavo suyo?

Ante esto, ¡venga el fuego, vengan las espadas, uncid los caballos, llenad la llanura de carros de guerra! Que no dejaré a éste mi poder real. Pues si hay que violar la justicia, [525] por la tiranía es espléndido violarla. En lo demás conviene ser piadoso.

CORIFEO. — No conviene hablar bien en favor de hechos no buenos. Pues eso no es hermoso, sino amargo para la justicia.<sup>31</sup>

YOCASTA. — ¡Oh hijo, no son males todo lo que aporta consigo la ancianidad, Eteocles! Sino que la experiencia tiene [530] algo que decir más sensato que los jóvenes. ¿Por qué te abandonas a la peor de las diosas, hijo mío, a la Ambición? ¡No, tú no! Es injusta esa divinidad. En muchas familias y en ciudades felices se introduce y acaba con la destrucción [535] de los que la albergan. Por ella cometes una locura. Es mejor lo otro, hijo mío, honrar la Equidad<sup>32</sup>, que siempre a los amigos con los amigos, las ciudades con las ciudades y los aliados con los aliados une. Porque la equidad es garantía de estabilidad entre los hombres, mientras que contra el Más de continuo se alza como enemigo el Menos, y da comienzo [540] a los días de odio. Porque incluso las medidas y las

unidades de peso entre los hombres las fijó la Equidad, y estableció la numeración. El ojo oscuro de la noche y la luz del sol ecuánimemente recorren el ciclo anual, y ninguno de ellos guarda, vencido, rencor al otro. Tanto el sol como la luna se someten en favor de los mortales<sup>33</sup> ¿y tú no vas a consentir en tener tu equitativa porción de la herencia y compartirla con éste? Entonces, ¿dónde está la justicia? ¿Por qué a la tiranía, una injusticia próspera, la estimas [550] en extremo y la consideras magnífica? ¿Porque te vean con grandes honores? Bien vano es. ¿Es que acaso quieres penar mucho con tal de tener mucho en tu palacio? ¿Qué es eso de más? Sólo un nombre. Puesto que lo suficiente para la vida les basta a los sensatos<sup>34</sup>. Por cierto que los mortales no adquieren los bienes [555] como propios; mientras los tenemos velamos por las propiedades de los dioses, y cuando lo desean, nos los arrebatan de nuevo. La prosperidad no es firme, sino efímera. Mira, si yo, proponiéndote una doble oferta, te [560] preguntara cuál de las dos cosas prefieres: ser rey o salvar a la ciudad, ¿vas a decir que ser rey? ¿Y si te vence éste? ¿Y si las picas de Argos dominan a las lanzas cadmeas? Verás a esta ciudadela tebana sometida, verás a muchas doncellas [565] cautivas ultrajadas con brutalidad por los guerreros enemigos. Causa de dolores resultará la riqueza, la que tú anhelas conservar, para Tebas, y tú, ambicioso.

A ti eso te digo. Ahora te hablo a ti, Polinices. Irresponsables [570] favores te ofreció para captarte Adrasto, y de modo irrazonable has venido ahora tú con intención de arrasar la ciudad. Veamos, si conquistas esta tierra — ¡lo que ojalá no suceda, por los dioses!—, ¿cómo levantarás un trofeo a Zeus? ¿Cómo luego vas a iniciar los sacrificios de ritual, después de haber conquistado tu patria, y cómo dedicarás [575] los despojos a orillas del Inaco? ¿"Tras de pegar fuego a Tebas, Polinices a los dioses dedicó estos escudos"?

---

una oposición entre lo que está acordado por nómos y lo que es por phisis). Sin pudor ni reparos expresa su ambición de poder, dispuesto a traspasar todos los límites para obtener y retener la tiranía, incluso a costa de la destrucción de su ciudad. Eurípides conoce bien a este tipo de individuos sin escrúpulos ni moralidad, al político dominado por la ambición del poder.

Este pasaje fue, justamente, muy citado en la antigüedad. Cuenta CiCERÓN, *De off III* 21, 82, que el mismo Julio César gustaba de citar los versos 524-25 de este parlamento, traducidos al latín: "Nam si v;olandum est jus. regnandí gratía violandum est: allis rebus pietatem colas."

Se ha señalado (cf. nota a. 1. de PEARSON) que los vv. 504 y sigs. son los únicos de la tragedia griega que han influido — a través de una versión literaria: la *Jocasta de Gascoigne*— en W. Shakespeare. (En unas frases de *Hotspur* en *Enrique IV*. 1,1. 3. En la traducción de J. M. Valverde del *Teatro completo de W. SHAKESPEARE*, Barcelona, 1967, 1. 1, páginas 1174-5.)

<sup>31</sup> Un pensamiento muy repetido en Eurípides, que ataca a los sofistas y oradores políticos de la época (como hará luego PLATÓN en el *Gorgias*), por disociar la elocuencia y la moralidad.

<sup>32</sup> He traducido *isóti* por "Equidad"; significa primariamente "Igualdad". Sobre la relación entre igualdad de derechos y la justicia, insisten otros pensadores atenienses. Cf. PLAT., *Gorg.* 507 e y sigs., *Ley.* 757 a; ARIST., *Pol.* III, 9, y PLUT., *Sol.* 14. En las frases siguientes hay, diríamos, ecos pitagóricos.

<sup>33</sup> Frente a *brotois* de los mss. (que he traducido como un dativo de interés "en favor de los mortales" y no por el más corriente "a los mortales"), H. Weil conjeturó *métrois* ("a las medidas"). Esta sutil interpretación, aceptada por algunos estudiosos, se basa en el fto. B 94 de HaRACLITO "Pues el sol no traspasará sus medidas", que aquí evocaría el trágico, en un contexto muy apropiado, tratando de la equidad.

<sup>34</sup> Otra sentencia sobre un tópico: el de la moderación, exaltada desde Arquilocho a Horacio pasando por Epicuro. La "aurea mediocritas" le es Cara al viejo Eurípides, que la elogia también en otras piezas tardías.

También los vv. sigs. (555-8) expresan otra idea difundida entre los antiguos. El verso 558, con su forma sentenciosa, puede ser una interpolación, pero es dudosa.

¡Que jamás, hijo mío, te sea concedido obtener ese tinte de gloria entre los griegos! Y si, por otra parte, eres vencido y escapas con vida de aquí, ¿cómo te presentarás en Argos dejando tras de ti diez [580] mil muertos? Habrá de seguro quien diga: "¡Funestas bodas nos impuso Adrasto! ¡Por el matrimonio de una sola mujer nos hemos perdido!"

Te empeñas en dos males, hijo: verte privado de tus aliados o caer en medio de ellos. ¡Dejad ambos esos excesos, dejadlos! La inconsciencia [585] de dos personas, cuando coinciden en un mismo empeño, resulta la más odiosa desgracia.

CORIFEO. — ¡Oh dioses! ¡Acudid en rechazo de estos males, y conceded algún acuerdo a los hijos de Edipo!

ETEOCLES. — Madre, la disputa no es ya de palabras, y se gasta el tiempo que queda en medio en vano. Nada consigues tu buena voluntad. Pues no podemos ponernos de [590] acuerdo de otro modo sino en los términos dichos: que yo poseyendo el cetro sea el soberano de esta tierra. Desiste de tus largos consejos y déjame. Y tú, sal fuera de estos muros, o morirás.

POLINICES. — ¿A manos de quién? ¿Quién tan invulnerable, que de lanzar contra mí su espada asesina no vaya a [595] sufrir la misma suerte?

ETEOCLES. — A tu lado, no lejos de ti se halla... ¿Ves mis manos?

POLINICES. — Las miro. Pero la riqueza es cobarde y se apega a la vida.

ETEOCLES. — ¿Y por eso acudiste con muchos contra quien nada vale en el combate?

POLINICES. — Es mejor un caudillo seguro que uno au-<sup>35</sup>

ETEOCLES. — Jactancioso estás, fiado en las treguas que [600] te salvan de morir.

POLINICES. — ¡Y a ti! Por segunda vez reclamo el cetro y mi parte de tierra.

ETEOCLES. — No admito reclamaciones. Yo, desde luego, gobernaré mi casa.

POLINICES. — ¿Quedándote con más de tu parte...?

ETEOCLES. — Lo reconozco. ¡Aléjate del país!

POLINICES. — ¡Oh, altares de los dioses patrios!

ETEOCLES. — Que tú vienes a arrasar.

POLINICES. — ¡Escuchadme!

ETEOCLES. — ¿Quién va a oírte a ti que llevas una [605] armada contra tu patria?

POLINICES. — Y templos de los dioses de blancos corceles...!

ETEOCLES. — Que te odian.

POLINICES. — Estoy expulsado de mi patria...

ETEOCLES. — Y ahora vienes a expulsar a otros...

POLINICES. — Con injusticia, dioses.

ETEOCLES. — En Micenas, no aquí, invoca a los dioses.

POLINICES. — Eres un impío...

ETEOCLES. — Pero no un enemigo de la patria, como tú.

POLINICES. — Quien me proscribe, arrebatándome mi herencia [610]

ETEOCLES. — Y que te mataré además.

POLINICES. — ¿Ah, padre, oyes lo que sufro?

ETEOCLES. — Y oye también lo que haces

POLINICES. — ¿Y tú, madre?

ETEOCLES. — No tienes derecho a nombrar la persona de tu madre.

POLINICES. — ¡Oh, ciudad!

ETEOCLES. — ¡Vuélvete a Argos e invoca el agua de Lerna!

POLINICES. — Iré, no sufras. A ti, madre, te doy las gracias.

ETEOCLES. — ¡Sal de esta tierra!

POLINICES. — Me voy. Pero déjame ver a padre. [615]

ETEOCLES. — No vas a conseguirlo.

POLINICES. — Pues a nuestras jóvenes hermanas.

ETEOCLES. — Tampoco a ellas las verás jamás.

POLINICES. — ¡Ah, hermanas mías!

<sup>35</sup> A César Augusto le gustaba citar, en griego, este verso, como corolario al lesna de "apresúrate despacio" (spéude bradéós), según cuenta SUATONIO (Aug. 25).

ETEOCLES. — ¿A qué llamarlas si eres su mayor enemigo?

POLINICES. — Madre, al menos a ti te deseo felicidad.

YOCASTA. — Pues sí que recibo gozos, hijo mío.

POLINICES. — Ya no soy hijo tuyo.

YOCASTA. — En mucho soy desgraciada yo.

POLINICES. — Pues él es quien nos ultraja.

ETEOCLES. — Y que también recibe ultrajes. [620]

POLINICES. — ¿Dónde vas a ponerte, frente a las murallas?

ETEOCLES. — ¿Por qué me lo preguntas?

POLINICES. — Me voy a colocar enfrente para matarte.

ETEOCLES. — También a mí me domina ese ansia.

YOCASTA. — ¡Infeliz de mí! ¿Qué vais a hacer, hijos?

POLINICES. — Los hechos lo mostrarán.

YOCASTA. — ¿Es que no vais a evitar las Erinias de vuestro padre?

ETEOCLES. — ¡Que se hunda toda la casa!

POLINICES. — ¡Qué pronto no estará ya ociosa mi [625] espada sanguinolenta! A la tierra que me crió y a los dioses pongo por testigos de que, despojado de mis honras, sufriendo pesares, me expulsan de mi tierra, como si hubiera nacido esclavo, y no hijo del mismo padre, de Edipo. Y si algo te ocurre a ti, ciudad, no me culpes a mí, sino a éste. Porque no vine por [630] gusto, y a mi pesar me echan de mi tierra. ¡Y tú, soberano Febo, patrón de las calles ciudadanas<sup>36</sup>, y edificios, y compañeros de mi edad, y estatuas de los dioses que aceptáis los sacrificios, adiós! Porque no sé si me será posible saludaros de nuevo alguna vez. Pero aún no [635] duermen mis esperanzas, por las que confío, con la ayuda de los dioses, matar a éste y obtener el poder sobre esta tierra tebana.

ETEOCLES. — ¡Sal del territorio! Verazmente te puso padre el nombre de Polinices<sup>37</sup> por inspiración divina, que es una invocación de discordias. (*Abandonan la escena: Polinices regresa, por la izquierda, a su campamento. Eteocles y Yocasta vuelven al palacio.*)

CORO.

Estrofa.: Cadmo de Tiro vino a este país, y, dando cumplimiento [640] a una profecía, una indómita ternera se dejó caer en un brinco de sus cuatro patas allí donde el oráculo le [645] profetizaba poblar de casas las llanuras fértiles en trigo, por donde el curso de agua de un bello río recorre los campos de labranza, los campos herbosos ~ de surcos profundos bañados por Dirce. [650] Aquí a Bromio le parió su madre, tras sus bodas con Zeus, y al dios, aún niño de pecho, le cubrió la espalda en seguida la yedra envolvente, enroscada, coronándole con [655] sus ramajes verdes, umbrátiles, en signo de felicidad, motivo de la danza báquica para las doncellas tebanas y las mujeres que entonan el evohé ritual.

Antistrofa.: Aquí había un sanguinario dragón de Ares, cruel guardián que vigilaba los acuáticos manantiales y los arroyuelos [660] verdosos con las escrutadoras miradas de sus inquietas pupilas. A éste, viniendo a por agua lustral, Cadmo le mató [665] con una piedra blanca, arrojándola con ímpetu mortal desde su brazo sobre la cabeza asesina del monstruo, Y por consejos de la divina Palas, nacida sin madre, arrojó sus dientes como simiente sobre los campos de profundo surco. [670] De ahí la tierra hizo brotar, alzándolos sobre las altas elevaciones de la comarca, un prodigio de guerreros armados. Pero con corazón de hierro la matanza de nuevo los reintegró a la tierra familiar, y empapó de sangre el suelo que los [675] había descubierto a los soplos soleados del aire puro.

Epodo.: Ya ti, Épafo, vástago antiguo de nuestra antepasada lo, ¡oh nacido de Zeus! te invoco con mi grito bárbaro: ¡aaoh!, con mis súplicas bárbaras. ¡ Ven, ven a esta tierra! Por ti [680] tus descendientes la fundaron, y las dos diosas que se invocan a la vez, Perséfone y la querida Deméter, diosa soberana de todo, y la Tierra, nutridora de todo, la adoptaron [685] como propia<sup>38</sup>. ¡Envía a las diosas, portadoras de antorchas, protege esta región! Todo es fácil de lograr a los dioses. (*Sale Eteocles acompañado de unos guardias.*)

<sup>36</sup> Pearson supone que, en escena, ante el palacio podía haber una estatua de Apolo Aguiéi-s.

<sup>37</sup> La etimología de nombres propios es frecuente en los escritores griegos. (Aquí poli = "mucho", neikos = "discordia".) A la misma aluden ya EsQ., S. T. 829, y SÓF., Ant. III.

<sup>38</sup> Después de aludir al mito de fundación de la ciudad —en el sitio en que se tumbó la vaca que guiaba a Cadmo, la muerte del dragón, el nacimiento de los Espartos—, y tras la invocación a Bromio (Dioniso el Bramador) y a Épafo, el coro solicita la protección de las dos diosas, madre e hija, de Eleusis. Es probable que en esto haya un influjo ateniense, pero también que esta pareja divina recibiera culto antiguo en Beocia. (El sincretismo Deméter-Tierra es de época posterior.) Para detalles del mito fundacional, véase el libro de F. VIAN, *Les origines de Thèbes, Cadmos et les Sparjès*. Paris, 1963.

ETEOCLES. — Ve tú y busca a Creonte el hijo de [690] Meneceo, hermano de mi madre Yocasta, para decirle lo siguiente. Que quiero consultar con él las decisiones familiares y las de interés común del país, antes de marchar a la batalla y ocupar mi puesto de combate. Aunque ahorra la fatiga de tus [695] pies su presencia; porque le veo que viene a mi palacio. (*Entra Creonte.*)

CREONTE. — Por muchas partes he ido con ansías de verte, soberano Eteocles, y he recorrido en círculo las puertas de los Cadmeos y los puestos de guardia en busca de tu persona. [700]

ETEOCLES. — También yo deseaba verte, Creonte. Pues he encontrado muy decepcionante el intento de reconciliación que concerté, al acudir a parlamentar con Polinices.

CREONTE. — He oído que él se considera superior a Tebas, confiado en su parentesco con Adrasto y en su ejército. [705] Pero hay que soportar eso dejándolo a la decisión de los dioses. Lo que ahora más apremia, es lo que he venido a decirte.

ETEOCLES. — ¿Qué es lo que hay? Ignoro tu mensaje.

CREONTE. — Tenemos prisionero a uno de los argivos.

ETEOCLES. — ¿Y qué novedad entonces cuenta de lo que allí pasa? [710]

CREONTE. — Que va a rodearnos, [con sus armas en torno a la ciudad de los Cadmeos, al pie de los muros], enseguida el ejército de los argivos.

ETEOCLES. — Entonces tendrá que hacer una salida armada la población de los Cadmeos.

CREONTE. — ¿Hacia dónde? ¿Es que, en tu ardor, no ves lo que debes ver?

ETEOCLES. — Al otro lado de estos fosos, para combatir de inmediato.[715]

CREONTE. — Pequeño es el contingente de esta tierra; y ellos, incontables.

ETEOCLES. — Yo sé que ellos son audaces en sus palabras.

CREONTE. — Tiene cierto prestigio Argos entre los griegos.

ETEOCLES. — No temas. En seguida llenaré la llanura de sus muertos.

CREONTE. — ¡Bien quisiera! Pero lo veo empresa de gran empeño. [720]

ETEOCLES. — Porque no voy a retener mi ejército dentro de la muralla.

CREONTE. — Con todo, la victoria entera estriba en un buen plan.

ETEOCLES. — ¿Quieres que considere ahora algunas otras tácticas?

CREONTE. — Sí, todas, antes de enfrentamos de golpe al peligro.

ETEOCLES. — ¿Y si de noche cayéramos sobre ellos en una emboscada?

CREONTE. — Bien, con tal de que, de fracasar, regreses [725] vivo de nuevo aquí.

ETEOCLES. — La noche ofrece igualdad, y apoya a los audaces.

CREONTE. — La derrota sería terrible en las tinieblas de la noche.

ETEOCLES. — ¿Y si cuando están cenando lanzo sobre ellos un ataque?

CREONTE. — Sería una sorpresa. Pero es preciso una victoria.

ETEOCLES. — El curso de Dirce, desde luego, es [730] profundo para la retirada.

CREONTE. — Cualquier cosa es peor que tomar firmes precauciones.

ETEOCLES. — ¿Y qué si lanzáramos la caballería sobre el ejército de argivos?

CREONTE. — Para eso está su ejército fortificado por un cerco de carros.

ETEOCLES. — ¿Qué voy entonces a hacer? ¿Entregar la Ciudad a los enemigos?

CREONTE. — Desde luego que no. Reflexiona, puesto [735] que eres inteligente.

ETEOCLES. — ¿Que previsión resulta, en efecto, más inteligente?

CREONTE. — Dicen que siete de sus hombres, según he oído yo...

ETEOCLES. — ¿Qué les han encomendado hacer? Breve es la fuerza.

CREONTE. — Capitanearán los escuadrones para atacar las siete puertas. [740]



ETEOCLES. — ¿Qué vamos a hacer, pues? No voy a aguardar el cerco.

CREONTE. — Elige siete hombres también tú contra ellos en las puertas.

ETEOCLES. — ¿Para dirigir tropas o para un combate personal?

CREONTE. — Con tropas, prefiriendo a los que sean más bravos.

ETEOCLES. — Comprendo. Para impedir la escalada de los muros. [745]

CREONTE. — Y compañeros de mando. Un solo hombre no lo ve todo.

ETEOCLES. — ¿Prefiriéndolos por su audacia o por su inteligencia?

CREONTE. — Por lo uno y lo otro. De nada vale cualquiera de las dos sola.

ETEOCLES. — Así sea. Acudiendo a las siete torres de la ciudad dispondré los jefes junto a sus puertas, como aconsejas [750], oponiéndoles iguales a los de los enemigos. Decir el nombre de cada uno sería larga demora, cuando<sup>39</sup> los enemigos se encuentran al pie de los mismos muros. Así que me voy, a fin de no dejar ocioso mi brazo, y ojalá logre encontrar a mi hermano frente a frente y trabando [755] combate con él derribarlo con mi lanza y matarlo, a él que vino a destruir mi patria.

En cuanto a la boda de mi hermana Antígona y tu hijo Hemón, si acaso yo caigo abandonado de la fortuna, a ti te toca cuidar de ella. La promesa de dote de antes te la confirmo ahora a punto de partir. Eres hermano de mi madre. [760] ¿A qué hay que alargar la conversación? Manténla de un modo digno de ti y por favor hacía mí. Mi padre demostró su insensatez contra sí mismo, al dejar ciega su vista. No le aprecio demasiado. A nosotros con sus maldiciones, si [765] puede, va a matarnos.

Sólo una cosa nos queda por cumplir: ver si el augur Tiresias tiene algo que decirnos, y escucharle. Yo enviaré a tu hijo Meneceo, del mismo nombre que tu padre, para que escolte aquí a Tiresias, Creonte. Contigo, en efecto, vendrá [770] amable al coloquio; pero yo censuré cierta vez el arte adivinatorio ante él y guarda resquemores contra mí.

A la ciudad y a ti esto os encomiendo, Creonte, si se [775] impone nuestra causa, que el cadáver de

Polinices jamás sea sepultado en este suelo tebano, y que quien trate de enterrarlo perezca, aunque sea alguno de nuestros allegados. (A ti te lo he dicho. Me dirijo ahora a los criados.)

¡Sacad mis armas y todo el arnés de combate, para [780] encaminarnos ya al certamen de lanza que nos aguarda, al lado de la justicia que la victoria aporta! A la Precaución, la más benéfica de los dioses<sup>40</sup>, dirijamos nuestros ruegos de que salve a esta ciudad.

CORO.

Estrofa. [785] ¡Ah, muy pesaroso Ares! ¿por qué ahora nos sumerges en sangre y muerte, marginado de las fiestas de Bromio? No despliegas entre los hermosos coros coronados de las jóvenes muchachas tu melena ni modulas tu canto al son de las flautas, mientras las Gracias acuden formadoras de danzas. Sino que en compañía de guerreros armados, inspirando al ejército de los argivos furor de sangre contra Tebas [790], avanzas al frente de un coro absolutamente hostil a las flautas.

No en el torbellino enloquecido por el tirso, cubierto de pieles de corzo, sino avanzando con carros y al cuádruple paso de solípedos caballos guiados por riendas te abalanzas sobre los ribazos del Ismeno, inspirando a la raza de [795] los Espartos furor contra los argivos, engalanando de bronce el armado tropel de portadores de escudos que se enfrenta al pie de los muros de piedra.

¡Cuán terrible diosa es ésta de la Discordia, que planeó [800] tales calamidades contra los reyes de este país, los muy pesarosos Labdácidas!

Antistrofa.: ¡Oh valle boscoso de muy divino follaje, repleto de animales agrestes, gala de Ártemis, Citerón criadero de nieve, jamás hubieras debido criar al abandonado a la muerte, al parto de Yocasta, a Edipo, el niño expulsado de su hogar, [805] marcado por los punzones de oro! ¡Ojalá que nunca la doncella alada, el monstruo montaraz de la Esfinge, azote de este país, hubiera llegado con sus cantos absolutamente hostiles a las musas! Ella, que antaño, embistiendo con las garras de sus cuatro patas a la gente nacida de Cadmo sobre estos muros, se los llevaba hacia la luz inaccesible del éter; ella, a la que había enviado el subterráneo Hades [810] contra los Cadmeos.

¡Y otra fun esta querella ha brotado entre los hijos de Edipo en el palacio y la ciudad! Ciertamente, lo que no nació bueno nunca será bueno, ni tampoco los hijos [815] concebidos en contra de la ley, manchados por la sangre parricida, de una madre que frecuentó el lecho de su propio hijo.

Epodo.: Engendraste, oh Tierra, engendraste antaño, según me enteré una vez en mi país natal

<sup>39</sup> Probable crítica a Esquilo, que en una escena de los Siete c. T. (375 y sigs.) denomina y describe uno a uno los siete capitanes argivos y los siete adalides tebanos.

<sup>40</sup> Como señala Pearson, este elogio de la Precaución (Eulábeia) debía de sonarles bien a los atenienses, fatigados de los desastres de la guerra del Peloponeso y de audaces empresas catastróficas, como la de Sicilia. (Suele aquí citarse el verso de ARISTÓFANES, Aves 376: "La precaución lo UBlva todo".)

a través de noticias extrañas, una estirpe surgida de los dientes de un dragón, [820] devorador de animales, de cresta roja, gloriosa pesadumbre de Tebas. Y, en tiempos, a las bodas de Harmonía acudieron los Uránidas; y los muros de Tebas y su baluarte al son de la forminge y de la lira de Anfión se alzaron en un paso [825] entre los dos ríos gemelos, por donde Dirce baña delante del Ismeno la herbosa llanura. E lo, la cornígera abuela, dio nacimiento a los reyes de los Cadmeos. Trocando mil [830] venturas con otras mil esta ciudad se ha alzado hasta las altas coronas de Ares<sup>41</sup>. (*Entra por la derecha Tiresias, conducido por su joven hija y por Meneceo.*)

TIRESIAS. — Guíame adelante, hija. Porque para mi ciego [835] pie tú eres su ojo, como la estrella para los navegantes. Lleva ahí por suelo liso mi paso y ve por delante, no vayamos a tropezar. Débil está tu padre. Guárdame en tu mano de muchacha las suertes que he tomado al estudiar los [840] augurios de las aves en mi sagrado sitial, donde hago mis profecías<sup>42</sup>

Joven Meneceo, hijo de Creonte, dime cuánto camino por la ciudad me queda hasta llegar ante tu padre. Porque flaquean mis rodillas y marchando con paso premioso, a duras penas avanzo. [845]

CREONTE. — ¡Animo, que junto a tus amigos, Tiresias, arriba a puerto tu marcha! Sosténle, hijo. Pues tanto el niño pequeño como el pie del anciano aprecian para afirmarse el apoyo de una mano familiar.

TIRESIAS. — Bueno, ya estamos aquí. ¿Por qué me llamas con urgencia, Creonte? [850]

CREONTE. — No me he olvidado aún del motivo. Mas recupera tus fuerzas y recobra tu aliento, que ya has alcanzado la cima del camino.

TIRESIAS. — Cierto que estoy abrumado por la fatiga, porque he sido transportado ayer hasta aquí por los Erecteidas. Pues también en su tierra había una guerra con [855] Eumolpo, de la que yo hice vencedores a los Cecrópidas. Y esta corona de oro, como ves, la llevo tras haberla recibido como primicia sobre el botín enemigo.

CREONTE. — Como un augurio acabo de apreciar esa corona tuya de victoria<sup>43</sup>. Porque estamos en medio de la tormenta, como conoces tú, frente a las lanzas de los hijos [860] de Dánao, y grande es el combate de Tebas. El rey, en efecto, Eteocles, ya ha salido revestido con sus armas contra la fuerza micénica. A mí me ha designado para saber de ti lo que hemos de hacer precisamente para salvar la ciudad.

TIRESIAS. — Si fuera por Eteocles, cerrando la boca me [865] guardaría mis profecías. Pero a ti, ya que deseas conocerlas, te las voy a decir. Hace ya tiempo que esta tierra está contaminada, Creonte, desde que engendró hijos Layo a despecho de los dioses y dio el ser al desdichado Edipo, esposo de su madre. Las sanguinolentas desgarraduras de sus ojos [870] son un testimonio de la sabiduría de los dioses y un ejemplo para Grecia. Al tratar de ocultarlo en el paso del tiempo los hijos de Edipo — ¡como si fueran entonces a escaparse a los dioses! — cometieron un necio error. Pues, al no conceder a su padre los honores debidos y negarle la salida, [875] enfurecieron al desventurado. Exhaló entonces contra ellos maldiciones tremendas, sufriendo por los dolores y además los ultrajes. ¿Qué fue lo que yo no hice, qué palabras no dije, para incurrir en el odio de los hijos de Edipo?

Cerca anda la muerte, por propia mano, de uno y otro, [880] Creonte. Numerosos cadáveres caídos en montón sobre cadáveres, en la confusión de dardos argivos y cadmeos, procurarán amargos sollozos a la tierra tebana. Y tú ¡oh, infeliz [885] ciudad! serás devastada, a no ser que alguien se deje persuadir por mis palabras. Es que aquello era primordial, desde luego: que de los hijos de Edipo ninguno fuera ciudadano ni rey del país, porque un demon los posee y van a destruir la ciudad. Una vez que el mal se ha impuesto sobre [890] el bien, hay un único recurso de salvación. Pero, puesto que decirlo es peligroso para mí y es cruel para quienes el destino ha designado para ofrecer a la ciudad el remedio de salvación, me voy. ¡Adiós! Que como uno entre muchos lo que [895] suceda, si es preciso, lo soportaré. ¿Cuál será mi dolor?<sup>44</sup>

CREONTE. — ¡Detente, anciano!

<sup>41</sup> Este estásimo traza la oposición entre Ares y Dioniso, dioses ligados ambos a Tebas, el primero porque la guerra va a decidir el futuro de la Ciudad, el segundo porque ha nacido en ella. Al festivo cortejo dionisiaco se opone el estrépito amenazador de la borda enemiga; a las verdes coronas florales, las coronas de Ares, erizadas de lanzas. En este canto, sobrecargado de adjetivos y elementos decorativos, hay varios pasajes de difícil interpretación. (Cf. Dos SANTOS ALVES. O. C. Págs. 414-21.)

<sup>42</sup> Sobre la figura y la significación trágica de Tiresias, remito a mi artículo "Tiresias o el adivino como mediador", en Ementa XLIII (1975), págs. 107-132.

<sup>43</sup> La apreciación está cargada de una ironía trágica: Tiresias ha revelado a los atenienses la necesidad del sacrificio de las hijas de Erecteo para salvar a la ciudad, como luego va a revelar el oráculo del sacrificio de Meneceo, para espanto de Creonte. Sobre el Erecteo, tragedia perdida, véase, el intento de reconstrucción sobre los frgs. conservados de A. MARTÍNEZ DÍEZ, Eurípides. Erecteo, Granada, 1975.

<sup>44</sup> De los 31 versos de este parlamento, algunos estudiosos consideran interpolados 17 (869-880, 885-890), según Dos SANTOS ALVES, o. C.. págs. 89-93, con buenas razones.

TIRESIAS. — No me retengas.

CREONTE. — Espera, ¿de qué escapas?

TIRESIAS. — Es tu destino, y no yo...

CREONTE. — Declara a los ciudadanos y a la ciudad su salvación.

TIRESIAS. — Tú lo quieres, y sin embargo pronto no lo querrás. [900]

CREONTE. — ¿Pues cómo no voy a querer salvar la tierra patria?

TIRESIAS. — ¿Quieres oírlo, de verdad, y mantienes tu empeño?

CREONTE. — ¿En qué otra cosa habría de interesarme más?

TIRESIAS. — Vas a oír ya mis vaticinios. Pero, primero, [905] quiero conocer claramente este otro punto: ¿Dónde está Meneceo, que me condujo aquí?

CREONTE. — Él no anda lejos, está a tu lado.

TIRESIAS. — Que se aleje entonces, a distancia de mis predicciones.

CREONTE. — Como que es hijo mío mantendrá en silencio lo que haya que callar.

TIRESIAS. — ¿Quieres de seguro, que te hable en su presencia?

CREONTE. — Sin duda va a alegrarse al oír el medio de [910] salvamos.

TIRESIAS. — Escucha entonces, pues, la senda de mis predicciones, Leso que, si lo hacéis, salvaréis a la ciudad de los Cadmeos. Debes sacrificar a este Meneceo<sup>45</sup> en favor de la patria, a tu propio hijo, ya que tu eres el que invoca al destino

CREONTE. — ¿Qué dices? ¿Qué sentencia acabas de [915] pronunciar, anciano?

TIRESIAS. — Lo que está fijado, eso es necesario que tú lo cumplas.

CREONTE. — ¡Ah, cuán muchos males has dicho en un corto momento!

TIRESIAS. — Para ti sí, pero para la patria son palabras grandes y salvadoras.

CREONTE. — ¡No lo oí, no lo he escuchado! ¡No me importa la ciudad en sí!

TIRESIAS. — Este hombre ya no es el mismo. Ahora se [920] vuelve atrás.

CREONTE. — ¡Vete en paz! Porque no necesito tus profecías.

TIRESIAS. — ¿Has perdido la verdad, porque a ti te trae desdicha?

CREONTE. — ¡Ah! Por tus rodillas y por tu cabello cano...

TIRESIAS. — ¿Qué me suplicas? ¿Ruegas irremediables desgracias? [925]

CREONTE. — ¡Calla! Por la ciudad no digas esas palabras!

TIRESIAS. — ¿Me conminas a cometer una injusticia? No podemos callamos.

CREONTE. — ¿Qué vas entonces a hacerme? ¿Darás muerte a mi hijo?

TIRESIAS. — Eso será asunto de otros, mío es el decirlo.

CREONTE. — ¿Pero, por qué cayó sobre mí y mi hijo esta desdicha? [930]

TIRESIAS. — Con razón me interrogas y te avienes a la discusión. Es preciso que, sobre las cavernas donde el terrígeno Dragón se estableció como vigilante de los manantiales de Dirce, éste sea degollado y ofrezca su sangre victimada a la tierra como libaciones de Cadmo, por causa de [935] los antiguos rencores de Ares, que exige venganza por la muerte del terrigena dragón. Y con hacer esto adquiriréis como aliado a Ares. Si el suelo recibe a cambio de su fruto otro fruto y a cambio de su sangre sangre humana, tendréis [940] a la tierra favorable, la que antaño para nosotros hizo brotar la mies de los Espartos de áureos cascos. Ha de morir un joven de este linaje que ha nacido de la quijada del dragón.

Y tú aquí, entre nosotros, eres el único resto puro de la estirpe de los Espartos, por parte de madre y de antepasados [945] varones, tú y tus hijos. Es así que las bodas de Hemón impiden su sacrificio, porque no es soltero; aunque no haya llegado al lecho nupcial, sin embargo tiene ya una esposa

<sup>45</sup> El sacrificio de Meneceo parece ser una innovación de Eurípides. En Esquilo aparece en su lugar Megareo, hijo de Creonte, como uno de los Siete defensores de las puertas tebanas. El otro hijo de Creonte, Hemón, es conocido prometido de Antígona. Este héroe juvenil es una figura grata a Eurípides que lo utiliza para introducir un nuevo episodio patético y para contrastar su figura con la de otros personajes: con la de Creonte y con la de Eteocles y Polinices. Meneceo, que ofrece su vida por el bien de la paz es un antídoto al egoísmo de los demás, el mejor héroe ciudadano.

prometida. Pero este otro muchacho, ofrecido a esta ciudad, podría salvar con su muerte a esta su tierra patria. E [950] impondrá un amargo regreso de Adrasto y los argivos, alzando sobre sus ojos la negra sombra de la muerte, y la gloria de Tebas. De entre esos dos destinos escoge uno. Salva, pues, a tu hijo o a la ciudad.

En lo que de mi depende, todo lo sabes. Guiame, hija, hacía la casa. Quien se dedica al arte de los presagios, pierde su vida. Sí se da el caso de que anuncia dolores se hace [955] odioso a aquellos a los que pronostica los augurios. Y si dice mentiras por piedad hacia quienes le consultan viola los preceptos de los dioses. ¡Sólo Febo debiera dar oráculos a los humanos, él que no tiene temor a ninguno! (*Tiresias sale acompañado por su hija.*)

CORIFEO. — Creonte, ¿por qué callas, dejando atónita tu voz? El caso es que también a mi me domina no menos la conmoción.

CREONTE. — ¿Qué puede uno decir? Está clara mi respuesta. Porque jamás yo llegaré a tal extremo de desdicha que, sacrificando a mi hijo, lo ofrezca a la ciudad. En la [965] vida de todos los hombres hay amor a los hijos y ninguno ofrecería a su propio hijo para la muerte. Que nadie venga a elogiarme después de matar a mis hijos. Yo mismo —que me encuentro en la plenitud de la vida— estoy dispuesto a morir por salvar a la patria. Pero, vamos, hijo, antes de que lo sepa toda la ciudad, [970] sin hacer caso de los irresponsables vaticinios de los augures, escapa lo más rápido posible y aléjate de esta tierra. Pues va a comunicarlo a los magistrados y jefes de tropas (y a los comandantes, recorriendo las siete puertas). Si nos [975] damos prisa, tienes salvación; si nos retrasamos, estamos perdidos, monras.

MENECEO. — ¿Adónde voy a huir? ¿A qué ciudad? ¿Hacia qué huésped?

CREONTE. — Allí donde estés más lejos de esta tierra.

MENECEO. — Bien será que tú me aconsejes, y yo lo cumpla. [980]

CREONTE. — Cruza por Delfos.

MENECEO. — ¿Adónde he de dirigirme, padre?

CREONTE. — Hacia el país de los etolios.

MENECEO. — ¿Y de éste adónde marcharé?

CREONTE. — A la región tesprótide.

MENECEO. — ¿A los sagrados terrenos de Dodona?

CREONTE. — Lo has comprendido.

MENECEO. — ¿Y por qué este santuario me dará protección?

CREONTE. — La divinidad será tu guía de viaje.

MENECEO. — ¿Cuál será mi recurso de riqueza? [985]

CREONTE. — Yo te procuraré oro.

MENECEO. — Tienes razón, padre. Ve, pues. Que yo me llegaré hasta tu hermana, cuyo pecho me nutrió en un comienzo, me refiero a Yocasta, cuando estaba privado de madre y desamparado como huérfano<sup>46</sup>. Voy a despedirme [990] de ella y a salvar mi vida. Con que, venga, vete. Que no haya obstáculos por tu parte. (*Creonte sale y Meneceo se dirige al Coro.*)

Mujeres, qué bien he disipado el espanto de mi padre, engañándole con mis palabras, para conseguir lo que quiero. Él me envía fuera, despojando a la ciudad de su fortuna, y me entrega a la ruindad. Ciertamente que es excusable en un [995] viejo; pero mi aceptación no tiene perdón, si me hago traidor a la patria que me dio el Ser. Como ahora podéis advenir, me voy para salvar a la ciudad y ofrecer mi vida para morir en favor/honor de este país. ¡Sería, si, vergonzoso! ¿Los no obligados por oráculos y no alcanzados por la fatalidad divina no van a vacilar en [1000] morir firmes en pie con el escudo, luchando ante las torres en defensa de la patria; y yo, abandonando a mi padre y mi hermano y mi ciudad, como un cobarde me voy a ir lejos de esta tierra? Donde quiera que viva, seré considerado un ser [1005] ruín.

¡No por Zeus, que reside entre las estrellas, y por el sanguinario Ares, quien estableció antaño a los Espartos surgidos de la tierra soberanos de este país! Sino que me voy, y sacrificándome sobre la cresta de la [1010] muralla, derramaré mi sangre sobre el recinto cavernoso consagrado al Dragón, donde lo aconsejó el augur, y liberaré al país. Queda dicho mi pensamiento. Me pongo en camino, para ofrecer un presente de muerte no indigno a esta ciudad. Y apartaré a este país de la prostración. Si tomando cada uno a su cargo todo el bien que [1015] pudiera lo llevara hasta su cumplimiento y lo aportara al bien común de la patria, las ciudades experimentarían muchos menos daños y gozarían en el futuro de felicidad.

<sup>46</sup> Probablemente este dato es innovación de Eurípides. En la Antígona de Sófocles, la esposa de Creonte, Eurídice aún está en vida, y se suicida al enterarse de la desdichada muerte de su ya único hijo Hemón. Tal vez al hacer de Meneceo un hermano de leche de Polinices y Eteocles, Eurípides quiere subrayar el contraste entre los tres jóvenes, y oponer una vez más el altruismo del primero al egoísmo de los jóvenes príncipes.

CORO

Estrofa.: ¡ Viniste, viniste, alígera, parto de la tierra y de la [1020] infernal Equidna, raptora de Cadmeos, muy destructiva, muy lamentable, mitad doncella, monstruo asesino, con alas frenéticas y garras ávidas de carne! [1025] La que antaño, de los terrenos de Dirce, arrebatando por los aires a los jóvenes, con un canto lúgubre, y como Una funesta Erinis traías, traías angustias de sangre a su [1030] Patria. Sanguinario era entre los dioses el que decidió tales hechos. Los chillidos de las madres, los chillidos de las doncellas [1035] llenaban de sollozos las casas. Un quejumbroso grito, un quejumbroso planto sollozaba alguien por aquí, otro [1040] por allá, con resposiones a lo largo de la ciudad. Era semejante a un trueno el lamento y el clamor cuando la alada doncella hacía desaparecer a otra persona.

Antistrofa.: Al cabo del tiempo, vino de acuerdo con los mandatos [1045] délficos Edipo el desdichado a esta tierra de Tebas, entonces como motivo de alegría, mas luego de pesares. Porque, al [1050] salir victorioso de los enigmas, infeliz, con su madre las bodas malditas contrae y mancha a la ciudad. Y en la carrera de crímenes de sangre toma su turno al arrojar a un odioso enfrentamiento con sus maldiciones a sus hijos, ¡desgraciado! [1055] Admiramos, admiramos al que avanza hacia su muerte por salvar a la tierra de su padre, dejando sollozos a Creonte, pero con la intención de imponer coronas de victoria al recinto de siete torres de esta tierra. [1060] ¡Ojalá que fuéramos así madres, ojalá tuviéramos nobles hijos, querida Palas, tú que vertiste la sangre del Dragón de un tiro de piedra, al impulsar al preocupado Cadmo [1065] a la acción! De ahí luego se precipitó sobre este país, por impulso de los dioses, otra calamidad. (*Sale el mensajero.*)

MENSAJERO. — ¡ Ohe! ¿Quién hay en las puertas de palacio? ¡Abrid! ¡Haced salir a Yocasta de la casa! ¡Ohé, otra vez! ¡Con gran tardanza, pero al fin! (*La puerta se abre. Aparece Yocasta.*) [1070] ¡Sal y escucha, ilustre esposa de Edipo, dejando tus lamentos y apenados llantos!

YOCASTA. — ¡Ah excelente amigo! ¿No vendrás a traerme la noticia de la muerte de Eteocles, tú que junto a su escudo te mantienes siempre protegiéndolo de los dardos de los enemigos? (¿Qué nuevo mensaje vienes a anunciarme?) [1075] ¿Ha muerto o vive mi hijo? Indícamelo.

MENSAJERO. — Vive, no tiembles por eso; que te voy a librar de tu terror.

YOCASTA. — ¿Qué, pues? ¿Cómo está el recinto de siete torres?

MENSAJERO. — Se mantiene incólume, y no ha sido tomada la ciudad.

YOCASTA. — ¿Estuvo en peligro bajo la lanza argiva? [1080]

MENSAJERO. — En peligro inminente. Pero Ares de los Cadmeos alzóse por encima de la micénica lanza.

YOCASTA. — Dime, por los dioses, una cosa: si sabes algo de Polinices. Que eso me inquieta también, si ve la luz.

MENSAJERO. — Vive la pareja de tus hijos hasta este [1085] momento.

YOCASTA. — ¡Que seas feliz! ¿Pero cómo habéis rechazado la embestida de los argivos lejos de las puertas en el asedio de los muros? Dímelo, para que entre en el palacio y conforte al anciano ciego con el gozo de que se ha salvado este país.

MENSAJERO. — Una vez que el hijo de Creonte, el que [1090] ha muerto por salvar al país, erguido en lo alto de la muralla se traspasó la garganta con su negra espada, salvadora de esta tierra, tu hijo distribuyó siete escuadrones y siete capitanes en las siete puertas, como centinelas contra el ataque argivo; y como refuerzos de defensa añadió jinetes junto a [1095] los jinetes y hoplitas junto a los otros portadores de escudo, Para que en cualquier punto débil de la muralla hubiera al momento un apoyo de lanzas. Desde lo alto de las almenas vejamos al ejército argivo dejar atrás Teumeso; y hasta [1100] llegar junto al foso, lanzarse a la carrera contra la fortaleza de la Cadmea. El peán y las trompetas resonaban a la vez, por su lado y por el nuestro desde los muros<sup>47</sup>. Y el primero en conducir contra la puerta Neista un [1105] pelotón erizado con continuos escudos fue Partenopeo, el hijo de la Cazadora, que llevaba en el centro de su escudo el emblema familiar: Atalanta con sus certeras flechas matando al jabalí de Etolia. [1110] Contra la puerta Prétida avanzaba llevando víctimas sobre su carro el adivino Anfiarao, sin ostentar ningún signo de violencia, sino, prudentemente, con armas sin emblemas. Contra el portón de Oigia se encaminaba el soberano Hipomedonte, que como emblema tenía en medio de su [1115] escudo al vigilante Argos con los ojos pintados por todo el cuerpo, unos ojos que se abrían a la salida de los astros, y otros que se

<sup>47</sup> Como señalamos en la introducción, consideramos interpolados los vv. 1104-1140, aunque no usemos aquí los corchetes. También hay recelos acerca del y. 1100, que Kirchhoff atetizaba. Teumeso es una colina a 18 Kms. (100 estadios) de Tebas, por lo que no es verosímil que los asediados pudieran ver el ejército enemigo a tal distancia, ni que los argivos —ya presentados más a la vista en la teichoscopia — corrieran tan largo trecho. Pero, de

cerraban a su puesta, como después de muerto él pudo observarse. Ante la puerta Homoloide mantenía su formación Tideo, [1120] llevando sobre su escudo la piel de un león con la melena erizada. En su emblema, el Titán Prometeo en la diestra enarbolaba una antorcha como para pegar fuego a la ciudad. Tu hijo Polinices contra la puerta Crenea conducía el bélico [1125] furor. Sobre su escudo, como emblema, se encabritaban las yeguas de Potnías desbocadas de pánico, que de algún modo se podían voltear en sus goznes desde dentro por el mismo asidero del escudo, de modo que parecieran moverse enloquecidas. En furia no inferior a Ares, Capaneo concennaba su escuadrón sobre la puerta Electra. En las figuras [1130] forjadas de hierro de su escudo mostraba un gigante hijo de la tierra levantando sobre sus hombros una ciudad entera que había desgajado con palancas de sus mismos cimientos, alusión para nosotros de lo que iba a padecer nuestra ciudad. En la séptima puerta estaba Adrasto, quien tenía en su brazo izquierdo el escudo que había cubierto con la pintura [1135] de las cien serpientes de la Hidra, espanto argivo. De entre las murallas las sierpes con sus fauces arrebatan a los hijos de los Cadmeos. Me fue posible ver las apariencias de cada uno de ellos mientras trasladaba las consignas a los jefes de las tropas. [1140] Y al comienzo peleábamos con arcos y jabalinas y hondas de largo tiro y con zumbantes pedruscos. Pero cuando vencíamos en el combate, clamó Tideo y, seguidamente, tu hijo: "¡Ha, hijos de los Dánaos, antes de que nos dejen [1145] acribillados a pedradas, a qué aguardáis para embestir todos de golpe contra las puertas, gente de a pie, jinetes y jefes de carros!" Apenas oyeron el grito, ninguno quedó parado. Muchos caían manándoles sangre de la cabeza, y de los nuestros [1150] también habrías visto caer al suelo ante los muros a muchos, Como saltarines exánimes. Regaban la seca tierra con arroyos de sangre. El árcade, que no argivo, hijo de Atalanra, precipitándose como un tifón contra la puerta reclamaba a gritos fuego y hachas como para demoler la ciudad. Pero le detuvo en [1155] pleno furor Penclímeneo, hijo del dios marino, atizándole en la cabeza con una piedra que llenaría un carro, arrancada de las almenas. Le machacó el rubio cráneo y le quebró las [1160] junturas de los huesos y cubrió de sangre su mentón que recién enrojecía la barba. No regresará con vida junto a su madre, la del hermoso arco, hija de Ménalo. Cuando hubo visto que todo iba bien en esta puerta, se [1165] dirigió a otra tu hijo, y yo le seguí. Allí veo a Tideo y a un montón de guerreros que con jabalinas etolias disparaban a la alta apertura de las torres, de tal modo que los nuestros la habían abandonado escapando de lo alto de las

almenas. Pero a éstos de nuevo, como si fuera un montero, tu hijo los [1170] vuelve a reunir, y de nuevo los colocó sobre la muralla. Y seguimos hacia otras puertas, después de haber remediado este flanco débil. De Capaneo, ¿cómo te diría cuán frenético estaba? Porque avanzaba llevando una muy alta escalera, y llegó a jactarse [1175] de que ni el venerable rayo de Zeus le detendría de apoderarse de la ciudad desde lo más alto de sus bastiones. Y al tiempo que lo gritaba, aun sufriendo el apedreo, iba subiendo, cimbreando su cuerpo bajo el escudo, pasando de uno a otro de los pulidos tramos de los peldaños de su [1180] escala. Pero, cuando ya trasponía el parapeto de la muralla, le alcanza con su rayo Zeus. Retumbó la tierra, como para espantar a todos. Desde lo alto de la escala, [partieron disparados lejos unos de otros sus miembros, sus cabellos hacia [1185] el Olimpo, su sangre hacia la tierra, y, los brazos y extremidades como la rueda de Ixión, rodó. Y se desploma en tierra abrasado, cadáver. Cuando Adrasto vio que Zeus era hostil a su ejército, [1190] recondujo las tropas de los argivos fuera del foso. Pero, a la vez, los nuestros, al ver el prodigio favorable de Zeus, salían al ataque, conductores de carros, jinetes, hoplitas, y acometieron en medio de la armada de los argivos. El desastre era total. Morían, caían de sus carros, saltaban las [1195] medas, y se amontonaban los ejes sobre los ejes, y los muertos sobre los muertos en confusión. Así, pues, hemos impedido la demolición de las murallas del país en el día de hoy. Si en el futuro será feliz esta tierra, concierne a los dioses. Ahora, desde luego, la ha salvado alguna divinidad.

CORIFEO. — ¡Hermosa es la victoria! Y si los dioses [1200] albergan una decisión mejor... ¡ojalá yo sea afortunada!<sup>48</sup>

YOCASTA. — ¡Buena fue la intervención de los dioses y la del azar! Porque mis hijos viven y el país queda a salvo. Pero Creonte parece que paga la pena de mi boda con [1205] Edipo, ¡infeliz!, privado de su hijo, afortunadamente para la ciudad, pero dolorosamente para él. Pero prosigue de nuevo: ¿qué iban a hacer mis hijos después de esos hechos?

MENSAJERO. — Deja el resto. Hasta aquí, desde luego, eres afortunada.

YOCASTA. — Lo que dices inspira sospechas. No he de [1210] dejarlo.

MENSAJERO. — ¿Qué más quieres de tus hijos, que estén salvos?

<sup>48</sup> El sentido del verso es algo ambiguo. El más probable parece: "Aunque es bella cosa la victoria, si los dioses deciden algo mejor (es decir, que venzan los argivos), al menos que yo escape con suerte".

YOCASTA. — También oír el resto: sí también me es favorable.

MENSAJERO. — ¡Suéltame! Tu hijo se halla falto de su escudero.

YOCASTA. — Algo malo ocultas y lo encubres con tinieblas.

MENSAJERO. — Es que no voy a decirte desgracia tras [1215] estas buenas noticias.

YOCASTA. — Hablarás, a menos de que te escapes huyendo por el aire.

MENSAJERO. — ¡Ay, ay! ¿Por qué no me has dejado marcharme después de anunciar la buena noticia, sin denunciar desdichas? Tus dos hijos se disponen, ¡descabelladísima [1220] audacia!, a combatir cuerpo a cuerpo aparte de todo el ejército, tras de haber dicho en público a argivos y cadmeos una proclama que nunca hubieran debido hacer.

Comenzó Eteocles enhiesto sobre una alta torre, tras de [1225] haber ordenado proclamar silencio a la tropa. (Y dijo: "¡Ah, caudillos de la tierra griega), los mejores de los Dánaos, los que hasta aquí habéis llegado, y pueblo de Cadmo, no vendáis vuestras vidas, ni en favor de Polinices, ni tampoco por [1230] mí! Porque, lanzándome yo mismo a este riesgo, yo solo trabajaré pelea contra mi hermano. Y si le doy muerte, gobernaré yo solo mi casa, y si soy vencido se la entregaré a él solo. En cuanto a vosotros, abandonando el combate, argivos, [1235] regresad a vuestro país, sin dejaros aquí la vida. Del pueblo de los Espartos son ya bastantes los que yacen muertos."

Eso dijo. Tu hijo Polinices avanzó de entre las filas y aprobó sus palabras. Todos las aclamaron estrepitosamente, los argivos y el pueblo de Cadmo, como considerándolas [1240] justas. Y sobre estas propuestas hicieron las treguas y entre los dos frentes de armas los jefes hicieron juramentos de respetarlas.

Ya cubrían su cuerpo con los bronceos arneses los dos jóvenes hijos del viejo Edipo. Sus amigos les ayudaban a [1245] revestirse: al jefe de esta tierra los más nobles de los Espartos y al otro los más sobresalientes de los hijos de los Dánaos. Se irguieron resplandecientes y sin demudar su color, furiosos por empuñar la lanza uno contra otro. Los que los escoltaban de sus amigos, de uno y otro bando, les animaban con sus frases y les decían esto de: [1250] "¡Polinices, en tu mano está erigir una estatua de Zeus como trofeo y dar a Argos glorioso renombre!"

Y, del otro bando, a Eteocles: "¡Ahora vas a luchar por la ciudad, ahora al conseguir la victoria tendrás

en tu poder el cetro!" Esto voceaban exhortándoles a la pelea. Los adivinos [1255] degollaban víctimas, y escrutaban las lenguas del fuego y las hendiduras de las vísceras atendiendo a su humedad y a la cresta de la llama, que presenta dos indicios: la señal de victoria y la de la derrota<sup>49</sup>. Así que, si tienes algún recurso, o sabes sabías palabras o fórmulas de encantamientos, ve, detén a tus hijos de la [1260] espantosa contienda. Porque el peligro es grande. Y espantoso premio del combate serán para ti las lágrimas, si te ves privada en este día de tus dos hijos.

YOCASTA. — ¡Ah, hija, Antígona, sal afuera de la casa! No en las danzas ni en las ocupaciones de doncellas ahora te [1265] previenen los dioses tu tarea; sino que a dos guerreros nobles y hermanos tuyos que se dirigen a la muerte debes impedirles con la ayuda de tu madre que se maten uno a otro. (*Antígona sale del palacio.*)

ANTÍGONA. — ¿Qué nuevo espanto, oh madre mía, [1270] anuncias con gritos a los tuyos ante esta morada?

YOCASTA. — ¡Ah hija, se pierde la vida de tus hermanos!

ANTÍGONA. — ¿Cómo has dicho?

YOCASTA. — Se han enfrentado en combate personal.

ANTÍGONA. — ¡Ay de mí! ¿Qué vas a decir, madre?

YOCASTA. — Nada grato; pero ven conmigo. [1275]

ANTÍGONA. — ¿Adónde, dejando las habitaciones de doncella?

YOCASTA. — Al medio del ejército.

ANTÍGONA. — Siento vergüenza ante la tropa.

YOCASTA. — Tus deberes no consienten avergonzamientos.

ANTÍGONA. — ¿Qué voy a hacer luego?

YOCASTA. Apaciguarás la disputa de tus hermanos.

ANTÍGONA. — ¿Por qué medios, madre?

YOCASTA. — Arrodiándote a suplicarles junto a mí. (*Al mensajero.*) Guía tú hasta las líneas de combate. No [1280] hay que retrasarse. ¡Aprisa, aprisa, hija! Que, si alcanzo a mis hijos antes del

<sup>49</sup> Como ya dijimos, se consideran interpolados los vv. 1242-1258. Y algunos estudiosos piensan que también los vv. 12624 y 1265-9 son añadidos, indignos de Eurípides.

choque de lanzas, mi vida admitirá aún la luz; pero sí ellos han muerto, caeré muerta a su lado. (*El mensajero, Antígona y Yocasta salen de escena.*)

CORO.

Estrofa.: [1285] Ay, ay! ¡Ay. ay! Tengo estremecido de terror, estremecido el corazón, A través de mi carne me recorre la compasión, compasión por la triste madre. ¿De sus dos hijos, cuál [1290] ahora al otro ensangrentará. ¡Ay de mí qué penalidades, ah Zeus, ah Tierra! la garganta. fraterna, la vida fraterna, [1295] bajo los escudos, bajo los vestidos? ¡Infeliz de mí, infeliz! ¿A cuál de los dos ahora voy a llorar como triste cadáver?

Antistrofa.: ¡Ah, Tierra! ¡Ah, Tierra! Como dos fieras gemelas, almas sanguinarias, blandiendo la lanza en seguida van a cubrir de [1300] sangre a sus presas, sus presas odiadas. ¡Desdichados, que a tal propuesta de un combate personal hayan llegado! Con mi grito bárbaro, el plañidero alarido en honor de los muertos, acompasado con llantos, entonaré. Quizá esté cerca la fatal hora de la matanza. Esta luz decidirá el porvenir. Infortunado, [1305] infortunado es el crimen que mueven las Erinias. (*Entra Creonte llevando en brazos el cadáver de Meneceo*)<sup>50</sup>

CORIFEO. Pero ahí veo a Creonte que avanza, abrumado, hacia el palacio. Contendré mis sollozos.

CREONTE. — ¡Ay de mí! ¿Qué voy hacer? ¿Por cuál de [1310] los dos gemir y llorar, por mí o por la ciudad, a la que tiene envuelta una nube (capaz de arrastrarla al otro lado del Aqueronte)? Porque mi hijo ha caído muriendo por esta tierra, alcanzando un renombre glorioso, pero amargo para mí. Lo he [1315] recogido hace poco de las grutas del Dragón, después de haberse suicidado, ¡infeliz!, y lo traigo en mis brazos. Toda la casa llora a gritos. Y yo, anciano, acudo a mi anciana hermana, a Yocasta, para que lave y esponga funebremente al que ya no vive, a mi hijo. Pues debe quien aún está en [1320] vida rendir honores a los que murieron para mostrar su piedad al dios subterráneo.

CORIFEO. — Se ha marchado tu hermana, Creonte, fuera de palacio, y la joven Antígona en compañía de su madre.

CREONTE. — ¿Adónde? ¿Por qué accidente? Indícamelo.

CORIFEO. — Supo que sus hijos iban a enfrentarse con [1325] lanza contra escudo por estas mansiones reales.

CREONTE. ¿Cómo dices? Cuidando del cadáver de mi hijo no he llegado a enterarme de eso.

CORIFEO. — Pues hace ya tiempo que ha salido tu hermana, y pienso que el combate mortal entre los hijos de [1330] Edipo está cumplido ya, Creonte.

CREONTE. — ¡Ay de mí! Aquí veo un signo de eso: la acongojada mirada y la expresión del mensajero que viene presuroso, quien nos dirá todo lo acaecido. (*Entra un mensajero.*) [1335]

MENSAJERO. — ¡Ah, desdichado de mí! ¿Qué relato decir o qué lamentos?

CREONTE. — ¡Estamos perdidos! ¡Con tristes preámbulos comienzas tus noticias!

MENSAJERO. — ¡Ah desdichado, de nuevo lo grito! Es que traigo grandes desgracias.

CREONTE. — ¿Además de los desastres pasados? ¿Qué más anuncias?

MENSAJERO. — Ya no están en vida los hijos de tu hermana, Creonte.

CREONTE. — ¡Ay! ¡Ay! ¡Grandes dolores me comunicas [1340] a mí y a la ciudad! ¿Escuchas, morada de Edipo, esto, que ambos hijos han muerto en un destino paralelo?

CORIFEO. — Como que vertiría lágrimas, sí tuviera sentido.

CREONTE. — ¡Ay de mí, qué destino más abrumador! [1345] (¡Ay de mí, qué desastre, desdichado! ¡Triste de mí!)

MENSAJERO. — Y aún más, sí supieras los males que se añaden a éstos.

CREONTE. — ¿Y cómo podría haber mayores desdichas que éstas?

MENSAJERO. — Ha muerto tu hermana junto a sus dos hijos. [1350]

CORIFEO. — ¡Alzad, alzad vuestro gemido y sobre la cabeza golpeaos con vuestras blancas manos!

CREONTE. — ¡Ah infeliz, qué final, Yocasta, de tu vida y de tus bodas, para ti, que resististe los enigmas de la Esfinge! ¿Cómo, entonces, se ha cumplido la muerte de los dos hijos y las maldiciones de Edipo en ese enfrentamiento? [1355] Expónmelo.

<sup>50</sup> Ya hemos comentado en la Introd. que consideramos esta escena de la entrada de Creonte como un añadido, y que, suponemos, el relato siguiente del mensajero va dirigido al coro.



MENSAJERO. — Los éxitos ante las murallas del país ya los conoces; pues no está lejos el recinto de los muros, (de modo que tú ya conocerás todo lo sucedido). Una vez que hubieron equipado su cuerpo con las bronceas armaduras, los jóvenes hijos del viejo Edipo se [1360] apostaron erguidos en medio de las líneas de combate, [los generales y jefes de los ejércitos], dispuestos para el combate cuerpo a cuerpo y el choque de lanzas. Mirando hacia Argos exclamó sus votos Polinices: "¡Oh soberana Hera —pues a tu amparo estoy, ya que [1365] por matrimonio me uní a la hija de Adrasto y habito su país<sup>51</sup> concédeme matar a mi hermano y que mi diestra en el combate se cubra de sangre, recogiendo la victoria!" [Estaba pidiendo un triunfo infamantísimo: matar a un hermano. A muchos les acudían las lágrimas, ¡tan grande era [1370] su fatalidad!, y se cruzaron las miradas entre unos y otros comentándolo.]

Eteocles, dirigiendo su vista a la muralla de Palas, la del escudo de oro, rogó: "¡Oh hija de Zeus, concédenos clavar nuestra lanza victoriosa con esta mi mano, al impulso de mi brazo, en el pecho de mi hermano y darle muerte a ése que [1375] vino a devastar mi patria!" Y en cuanto emitió su llamarada una antorcha, al oírse el son de la trompeta tirrena<sup>52</sup>, señal para el combate sangriento, se lanzaron con terrible impulso [1380] uno contra otro. Como dos jabalíes que afilan su salvaje mandíbula se trabaron, con los mentones humedecidos por la espuma. Se acometían con las lanzas. Pero se amparaban tras los escudos, de modo que el hierro sesgaba en vano. Si uno advertía que los ojos del otro sobresalían del círculo del [1385] escudo le disparaba la lanza al rostro con deseo de anticiparse a su ataque. Pero hábilmente aplicaban el ojo tras las hendiduras de los escudos, de forma que se moviera baldía la lanza. Más abundante les corría el sudor a los espectadores que a los combatientes, en el temor por sus amigos. [1390] Pero Eteocles, al rechazar con el pie una piedra que rodó a su paso, saca su pierna fuera del escudo. Y Polinices, viendo el blanco que se ofrecía a su hierro, abalanzóse con [1395] su lanza. Y le atravesó la pantorrilla la lanza argiva. Todo el ejército de los descendientes de Dánao lanzó un alalá de triunfo. Pero el ya herido advirtió que en este esfuerzo había descubierto el hombro e hincó con fuerza su lanza en el pecho de Polinices. Así deparó gozo a los conciudadanos de [1400] Cadmo; pero quebró la punta de su lanza. Encontrándose en aprietos al perder la lanza, retrocede un paso, y tomando una piedra de mármol la lanzó y le partió por la mitad el asta a la de Polinices. En pie de igualdad estaba la lucha,

privada de pica la mano de ambos. Entonces echaron mano a las empuñaduras de las [1405] espadas y se embistieron y entrechocando los escudos se envolvían con gran estruendo de batalla. Entonces Eteocles recordó y aplicó un ardid tesalio, que sabía por frecuentar la región. El caso es que, cediendo de su constante empuje, [1410] lleva hacia atrás su pierna izquierda, observando con cautela los huecos del vientre, y adelantando la pierna derecha a la altura del ombligo le hundió su espada y la hincó entre sus vértebras. Entonces se dobla por la mitad, abatido, Polinices [1415] y cae entre borbotones de sangre. Eteocles, pensando que ya tenía el poder y había vencido en la batalla, arrojando al suelo su espada, iba a despojarle, sin prestar atención a su persona, sino sólo al botín. Esto precisamente le perdió. Porque, aunque respiraba aún apenas, conservaba su hierro [1420] en la mortal caída, y, con gran esfuerzo, logró sin embargo hincar la espada en el hígado de Eteocles el ya derribado Polinices. Mordiendo el polvo al lado el uno del otro yacen tendidos ambos, y no decidieron la victoria.

CORIFEO. — ¡Ay, ay! ¡Cuánto gimo por tus males, [1425] Edipo! Tus maldiciones parece haberlas cumplido un dios.

MENSAJERO. — Escucha, pues, también los males que se añaden a éstos. Cuando sus dos hijos caídos dejaban la vida, en esto se presenta la triste madre en compañía de su hija y [1430] con paso presuroso. Al verlos alcanzados por heridas mortales gimió: "¡Ah, hijos, llego tarde a socorremos!" Y echándose sobre sus hijos, por turnos, lloraba, plañía, lamentando los largos cuidados de su pecho materno; y a su lado la [1435] hermana de ambos, que le daba escolta, gemía a la vez: "¡Ah, Vosotros que debíais velar por la vejez de vuestra madre y por mis bodas, nos abandonáis, queridísimos hermanos!" Exhalando de su pecho un jadeo de agonía el rey Eteocles oyó a su madre y, mientras posaba sobre ella su mano desfallecida, no exhaló palabra, pero le habló con las [1440] lágrimas de sus ojos para expresarle su cariño. Polinices todavía respiraba, y, al ver a su hermana y a su vieja madre, dijo: (O bien, "no se repartieron el poder"). [1445] "Me muero, madre, siento pena de ti, y de mi hermana, y de mí hermano muerto. Que llegó a ser mi enemigo; pero, con todo, era mi hermano. Entiérrame, madre, y tú, hermana mía, en la tierra patria. Y, si la ciudad me guarda rencor, disuadirla, para que al menos obtenga ese trozo de la tierra

<sup>51</sup> El patronazgo divino de Hera sobre la región de Argos es bien conocido en la tradición griega; desde Homero se menciona a la Hera Argiva.

<sup>52</sup> Señala un escolio a. 1. que la trompeta se usó para dar la señal de ataque a partir de la guerra de Troya, mientras que antes se utilizaba el Procedimiento de arrojar una antorcha encendida; de forma que aquí Eurípides recordaría un detalle arcaico. Pearson y otros estudiosos defienden que indica que la señal de la trompeta fue tan clara como la llamarada de una antorcha, en un efecto de sinestesia poética.

de [1450] mis antepasados, ya que perdí mi hogar. Ciérrame los párpados con tu mano, madre —y él mismo la pone sobre sus ojos—, y adiós, pues ya me envuelven las sombras." Ambos a la vez exhalaban su triste vida. [1455] Su madre, al presenciar esta desdicha, abrumada por el sufrimiento, arrebató de entre los cadáveres una espada e hizo algo espantoso: se hundió la hoja en medio de la garganta y entre sus dos seres más queridos yace muerta rodeándolos a ambos con sus brazos. [1460] La tropa se puso en pie y lanzóse a una disputa verbal, defendiendo nosotros que había vencido nuestro señor, y ellos que el otro. La disputa existía también entre los jefes: los unos sostenían que Polinices había dado el primer golpe con su lanza, y otros que, al morir los dos, de nadie era la victoria. [1465] Entre tanto Antígona se retiró lejos del ejército; mientras los demás se precipitaban a las armas. Con feliz previsión el ejército cadmeo había acampado con el arnés, y nos apresuramos a caer al instante sobre las tropas argivas que [1470] aún no revestían su armamento. Y ninguno resistió; sino que colmaron el campo los que huían, mientras a torrentes corría la sangre de los innumerables muertos que caían bajo las lanzas. Cuando vencimos en la batalla, los unos erigieron a Zeus un trofeo de victoria, mientras los otros despojábamos [1475] de sus escudos a los muertos y llevábamos el botín de guerra al interior de los muros. Y otros, en compañía de Antígona, traen acá los tres cadáveres para que los lloren sus amigos. Para la ciudad así han concluido los enfrentamientos: unos con feliz fortuna, otros desdichadísimos. (*Sale por la derecha, mientras por el otro lado entra Antígona al frente del cortejo fúnebre.*)

CORIFEO.— Ya no de oídas se presenta la desventura de [1480] la mansión. Pues ya están ahí a la vista, ante estas paredes, los cuerpos de los tres cadáveres que con muerte común conquistaron la eterna tiniebla.

ANTÍGONA. — Sin cubrir con el velo mis delicadas [1485] mejillas, sombreadas sólo por mis rizos, sin avergonzarme en mi doncellez del carmín que bajo mis ojos se extiende, rubor de mi rostro, me precipito, bacante de los muertos, [1490] arrojando las cintas de mi cabello, soltando la suntuosa túnica azafranada, muy llorosa guía del cortejo fúnebre. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡A ah, Polinices, sí que viviste de acuerdo con tu nombre! ¡Ay de mí, ay de mí, Tebas! Tu [1495] querrela — no una querrela, sino crimen tras crimen — ha destruido el hogar de Edipo, anegado en sangre horrible, en lúgubre sangre. ¿Qué canto o qué lamento melodioso sobre mis lágrimas, mis lágrimas, oh

casa, oh casa!, voy a [1500] invocar, al traer estos tres cuerpos ensangrentados, familiares, madre e hijos, para alegría de la Erinis? Ésa que destruyó entera la mansión de Edipo, desde que supo descifrar la [1505] indescifrable tonada de la feroz Esfinge, y dio muerte a la cantora. ¡Ay de mí, de mí, padre! ¿Quién, griego o bárbaro, qué Otro de nuestros nobles antepasados, de efímero ser, sufrió [1510] de tan grandes desgracias tales visibles penas? Desdichada, qué trémulo canto surge... ¿Y qué ave, madre [1515] abandonada<sup>53</sup> posada sobre las altas ramas de un roble o un pino, responderá a la canción de mis quejas con sus plantas? [1520] ¡Aimo! Con estos fúnebres ayes lloro de antemano la existencia en soledad que llevaré para siempre entre raudales de lágrimas. [1525] ¿A quién primero le dejaré las primicias de mi cabellera, en arrancados mechones? ¿A mi madre, de cuyos pechos me amamanté, o a los fatídicos despojos de mis hermanos muertos? [1530] ¡Ay, ay, ay! ¡Sal de palacio, ven con tus ojos ciegos, viejo padre! Ven a exponer, Edipo, tu mísera vida, tú que dentro de la casa, abriendo a la aérea tiniebla tus ojos, [1535] arrastras una larga existencia. ¿Me oyes, tú que por el patio arrastras sin rumbo tu anciano pie, o que te cobijas bajo las mantas del lecho, angustiado? (*Edipo sale del palacio.*) [1540]

EDIPO.— ¿Por qué, hija, me has sacado a la luz, con los bastones que ayudan a mi ciego paso, desde los oscuros aposentos donde yacía echado, para acudir a tus muy lastimeros llantos, como un fantasma canoso, evanescente, de [1545] aire, o un muerto de ultratumba, o un sueño alado?

ANTÍGONA. — Vas a sufrir una desdichada noticia, padre. Ya no ven la luz tus hijos ni tu esposa, que siempre velaba con sus cuidados como un báculo junto al paso de tus [1550] ciegos pies. ¡Oh padre, ay de mí!

EDIPO.— ¡Ay de mí, qué sufrimientos los míos! He ahí motivos de gemir y de gritar. ¡Tres vidas! ¿Bajo qué fatal suerte, cómo dejaron la luz? Dímelo, hija. [1555]

ANTÍGONA. — No te lo digo como censuras, ni por jactancias, sino entre dolores. Tu genio vengador, con su bagaje de cuchillas, y fuego, y malditas batallas cayó sobre tus hijos, padre, ¡ay de mí!

EDIPO. — ¡Ay! ¡Ay! [1560]

ANTÍGONA. — ¿Para qué esos gemidos?

EDIPO. — Mis hijos...

<sup>53</sup> La comparación del llanto de una mujer desesperada con el canto del ave privada de sus crías es frecuente en la poesía antigua. Puede evocar el chillido lastimero de Procne, transformada en ruiseñor, que clama por la pérdida de Itis (cf. EUR., El. 148, frg. 775, 21). En la poesía latina, un buen ejemplo es el de VIRGILIO, Geórg. IV 511-15.

ANTÍGONA. — Has avanzado entre dolores. Y, si viendo aún la cuadriga del sol, alcanzaras con los rayos de tus ojos a estos cuerpos cadáveres...

EDIPO. — La muerte de mis hijos era una evidente [1565] fatalidad. Pero, mi desdichada esposa ¿en qué triste trance, hija, pereció?

ANTÍGONA. — Exhibiendo ante todos sus lágrimas y lamentos, corría a ofrecer, a ofrecer como suplicante, un pecho suplicante a sus hijos, velando por ellos. Y ante la [1570] puerta Electra, en el prado donde crece el loto, la madre encontró a los hijos entre lanzas, peleando en común combate, como leones en una cueva. De sus heridas caía ya fría y letal una [1575] libación de sangre que recibía Hades y ofrendaba Ares. Arrebatando a los muertos una bronceína espada la hundió en su carne, y en su pena por sus hijos cayó entre ellos. En este día todas las tristezas, padre, convocó sobre nuestra [1580] casa un dios que esto ha concluido.

CORIFEO. — De muchos males para la casa de Edipo dio comienzo este día. ¡Ojalá fuera su vida más feliz!

CREONTE. — Dejad ya los lamentos, que es hora de [1585] prestar atención a los honores fúnebres. Y tú, Edipo, escucha mis palabras. El mando de este país me lo confió tu hijo Eteocles, dándolo como dote de matrimonio a Hemón, esposo prometido de tu hija Antígona. Así, pues, no te voy a permitir vivir en esta tierra en adelante. Pues claramente dijo Tiresías que nunca sería feliz [1590] la ciudad mientras tú habitaras este país. ¡Conque vete! Y eso no lo digo por ultrajarte ni por ser enemigo tuyo, sino temeroso de que, a causa de tus demonios vengadores, sufra algún daño el país. [1595]

EDIPO. — ¡Ah destino, desde un principio me hiciste desdichado y sufriente, más que ningún otro de los humanos! Que antes de surgir a la luz del vientre de mi madre, innato aún, Apolo le profetizó a Layo que yo sería asesino [1600] de mi padre ¡Triste de mí! Y apenas nació, otra vez el padre que me engendrara trata de matarme considerando que había nacido su enemigo, porque debía morir a mis manos. Y me envía, niño infeliz que anhelaba el pecho materno, como [1605] pasto de las fieras. De esto me salvé. ¡Mas, ojalá hubiera llegado el Citerón a los abismos insondables del Tártaro, que no me dejó perecer, sino que... para ser esclavo<sup>54</sup> un dios me entregó en poder del soberano Pólipo! Y después de haber matado a mi padre, malhadado de [1610] mí, vine

al lecho de mi pobre madre y engendré hijos que eran mis hermanos, y los hice morir, heredando las maldiciones de Layo y pasándolas a mis hijos. Porque no soy yo tan loco que hubiera tramado eso contra mis ojos y contra la vida de mis hijos sin la decisión de alguno de los dioses. [1635] ¡Sea, pues! ¿Qué voy a hacer ahora, desventurado de mí? ¿Qué guía se ofrecerá compañera de mi ciego paso? ¿Ésta que yace muerta? Viva, sé bien que lo hiciera. ¿Acaso la pareja de mis buenos hijos? Ya no los tengo. ¿Es que [1620] estoy aún en la juventud para procurarme el sustento? ¿Con qué? ¿Por qué así, del todo, me das muerte, Creonte? Bien que me vas a matar, si me expulsas del país. No obstante no me mostraré cobarde rodeando tus rodillas con mis brazos. Pues no puedo traicionar mi noble natural, aunque me oprima la desdicha.

CREONTE. — Por tu parte está bien dicho que no vas a [1625] caerte suplicando a mis rodillas; pero yo no voy a permitirte habitar en el país. En cuanto a estos cadáveres, al uno hay que conducirlo ya a palacio y a ése, que llegó con otros a destruir la ciudad patria, el cadáver de Polinices, arrojadlo sin enterrar fuera de los límites de esta tierra. Para todos los Cadmeos se dará [1630] esta proclama: "Quien quiera que sea apresado en un intento de coronar este cadáver o de cubrirlo de tierra, lo pagará la muerte, y dejadlo sin llantos ni tumba, para pasto de aves de rapiña. Y tú, concluye los trenos triples por los [1635] y vete, Antígona, al interior del palacio, y compórtate como doncella en tanto aguardas el día próximo en que te espera el lecho de Hemón<sup>55</sup>.

ANTÍGONA. — ¡Oh padre, en qué males nos vemos posen nuestra aflicción! ¡Cómo sollozo por ti más que [1640] por los muertos! Pues no has tenido sólo una parte de pesar, y otras no, padre, en las desgracias, sino que en todo fuiste desdichado. Ahora te pregunto a ti, al reciente monarca. ¿Por qué ultrajas a mi padre expulsándolo del país? ¿Por qué dictas [1645] tu decreto sobre un desgraciado cadáver?

CREONTE. — Estas son decisiones de Eteocles, no mías.

ANTÍGONA. — Pero insensatas, y tú alocado eres que las aplicas.

CREONTE. — ¿Cómo? ¿No es justo cumplir los encargos idos?

ANTÍGONA. — No, si son malévolos y expresados con maldad. [1650]

<sup>54</sup> Pólipo, rey de Corinto, acogió al recién nacido Edipo como heredero suyo. No sabemos por qué razón dice aquí Edipo que "para ser esclavo". Todo un largo pasaje de su parlamento (1597-1614) resulta sospechosos por lo superfluo y por lo confuso de algunas frases.

<sup>55</sup> Desde 1645 a 1682 lo consideramos interpolado, de acuerdo con Fraenichel y otros.

- CREONTE. — ¿Qué? ¿No es justo que éste sea arrojado a los perros?
- ANTÍGONA. — La sentencia que le aplicáis no está en la ley.
- CREONTE. — Sí, si es que fue enemigo de la ciudad, sin serlo por su origen.
- ANTÍGONA. — Por eso entregó su espíritu al destino fatal.
- CREONTE. — Que también ahora pague su pena con la privación de tumba. [1655]
- ANTÍGONA. — ¿En qué delinquiró, al reclamar una parte de su tierra?
- CREONTE. — Este hombre, para que lo sepas, quedará insepulto.
- ANTÍGONA. — Yo le enterraré, aunque lo prohíba la ciudad.
- CREONTE. — Entonces te enterrarás a ti misma junto al muerto.
- ANTÍGONA. — Glorioso es, en verdad, que dos seres queridos reposen uno junto al otro. [1660]
- CREONTE. — (A los guardias.) ¡Agarradla y llevadla a palacio!
- ANTÍGONA. — No, de ningún modo. No abandonaré este cadáver.
- CREONTE. — La divinidad lo ha sentenciado, joven, contra tu parecer.
- ANTÍGONA. — También es suya la sentencia de no ultrajar a los muertos.
- CREONTE. — Así que nadie derramará sobre él la húmeda tierra. [1665]
- ANTÍGONA. — ¡Si, te lo suplico por nuestra madre ahí presente, por Yocasta, Creonte!
- CREONTE. — Te fatigas en vano. Pues no vas a conseguirlo.
- ANTÍGONA. — Al menos déjame tú dar el baño fúnebre al cadáver.
- CREONTE. — Eso es una de las cosas que tiene prohibidas la ciudad.
- ANTÍGONA. — Al menos envolver con vendas sus heridas.
- CREONTE. - - De ningún modo vas a honrar tú a ese [1670] cadáver.
- ANTÍGONA. — ¡Oh queridísimo, al menos cubriré tu boca de besos!
- CREONTE. Ten cuidado de no traer desgracias a tu matrimonio con tus sollozos.
- ANTÍGONA. — ¿Crees que, mientras viva, voy a casarme con tu hijo alguna vez?
- CREONTE. — Te obligará una fuerte necesidad. ¿Adónde vas a escapar del matrimonio?
- ANTÍGONA. — Entonces esa noche hará de mí una [1675] Danaide.
- CREONTE. — ¿Has visto la osadía con lo que nos insulta?
- ANTÍGONA. — Que el hierro de la espada sea testigo de mi juramento.
- CREONTE. — ¿Qué es lo que anhelas para dejar de lado mas bodas?
- ANTÍGONA. — Partiré al destierro junto con mi desdichado padre.
- CREONTE. — La nobleza que hay en ti es una especie de [1680] rara.
- ANTÍGONA. — Y moriré con él, para que te enteres de más.
- CREONTE. — Ve, no vas a matar a mi hijo, abandona el país.
- EDIPO. — ¡Ah, hija, admiro tu valiente abnegación!
- ANTÍGONA. — ¿Es que, si me casara, podrías exiliarte tú padre?
- EDIPO. — Si tú eres dichosa, yo me resignaré con mis daños. [1685]
- ANTÍGONA. — ¿Y quién va a cuidar de ti, ciego como estás, padre?
- EDIPO. — Cayendo allí donde sea mi destino, me quedará tendido sobre el suelo.
- ANTÍGONA. — ¿Dónde está el Edipo de los famosos enigmas?
- EDIPO. — Ya no existo. Un solo día me encumbró y uno me hundió. [1690]
- ANTÍGONA. — ¿Es que no debo compartir también yo tus pesares?
- EDIPO. — Vergonzoso destierro será para una hija con su padre ciego.

ANTÍGONA. — No, sino muy digno, si lo acompaña la virtud, padre.

EDIPO. — Condúceme ahora para que toque el cuerpo de tu madre.

ANTÍGONA. — Aquí lo tienes, toca con tu mano a tu queridísima anciana. [1695]

EDIPO. — ¡Oh madre, oh esposa desgraciadísima!

ANTÍGONA. — Ahí yace tristemente, tras obtener todas las desgracias.

EDIPO. — ¿Dónde están los restos de Eteocles y de Polinices?

ANTÍGONA. — Ambos tendidos yacen uno al lado del otro.

EDIPO. — Posa mi ciega mano sobre sus infelices rostros. [1700]

ANTÍGONA. — Ten, tatea con tu mano los cadáveres de tus hijos.

EDIPO. — ¡Oh queridos cadáveres, infelices nacidos de un padre infeliz!

ANTÍGONA. — ¡Oh nombre queridísimo de Polinices, para mí!

EDIPO. — Ahora la profecía, hija, de Loxías exige su término.

ANTÍGONA. — ¿Cuál? ¿Es que sobre estos males vas añadir males?<sup>56</sup>

EDIPO. — Que en Atenas he de morir vagabundo. [1705]

ANTÍGONA. — ¿Dónde? ¿Qué recinto del Ática te acogerá?

EDIPO. — La sagrada Colono, morada del dios de los caballos. Pero ¡vamos, ven a sostener a tu viejo padre ciego, ya que estás dispuesta a compartir este destierro!

ANTÍGONA. — ¡Venga! ¡Al triste destierro! Tiéndeme tú [1710] querida mano, viejo padre, que en mí tienes tu guía, Como la brisa que impulsa la nave.

EDIPO. — Venga, venga. Ya voy. Hija, sé tu mi lazarillo, [1715] ¡infeliz!

ANTÍGONA. — Soy, soy infeliz, desde luego, por encima de todas las jóvenes tebanas.

EDIPO. — ¿Por dónde pongo mi viejo pie? Dame el bastón, hija.

ANTÍGONA. — Por aquí, por aquí, ven conmigo, [1720] posan por aquí, por aquí, tu pie, débil como un sueño.

EDIPO. — ¡Ay, ay! ¡Que infortunadísimo destierro! ando me echan, ciego, de mi patria. ¡Ay, ay! Soportando [1725] horribles, terribles daños yo.

ANTÍGONA. — ¿A qué soportan a qué sufrir? No ve la malicia a los malvados ni castiga las locuras de los hombres.

EDIPO. — Vedme a mí, que alcancé el sublime elogio de vencedor por solucionar el incomprendible enigma de la [1730] virgen semidoncella.

ANTÍGONA. — Evocas la afrenta de la Esfinge... Evite proclamar tus éxitos de antaño. Estos míseros [1735] padecimientos te aguardaban, padre, para morir, desterrado de tu patria, en cualquier lugar<sup>57</sup>. Lágrimas de añoranza les dejo a mis jóvenes amigas, y me voy lejos de mi tierra patria, en marcha errabunda impropia de doncellas. [1740] ¡Aay! La bondad de mi ánimo hacia las desventuras de mi padre me dará, por lo menos, un buen renombre. ¡Triste de mí! ¡Qué ultrajes a mi hermano, que se parte de palacio [1745] cadáver, sin sepultar, desdichado! Pero a él, aunque tenga que morir, le cubriré con tierra en la oscuridad.

EDIPO. — Ve a despedirte de tus compañeras. [1750]

ANTÍGONA. Hartas están de mis lamentos.

EDIPO. — Tú con suplicas a los altares...

ANTÍGONA. — Están hartos de mis desdichas.

EDIPO. — Pues ve al santuario consagrado a Bromio en los montes donde acuden las ménades.

ANTÍGONA. — ¿A aquél por quien yo en otros tiempos, [1755] revistiéndome la cadmea piel de corzo, marché danzando al frente del sagrado tíaso de Sémele, por los montes, ofreciendo a los dioses un favor desagradecido?

EDIPO. — ¡Oh ciudadanos de una patria ilustre! Mirad, éste es Edipo, el que descifró los famosos

<sup>56</sup> Los vv. 1704 a 1707 los consideran interpolados Pohlenz, Verrall, nacher, etc. El objetivo de esta interpolación era, con evidencia, conectar fin de esta obra con el Edipo en Colono de SÓFOCLES.

<sup>57</sup> A partir de aquí, el final es un añadido que recarga el patetismo de la escena. Casi todos los estudiosos excluyen los últimos 30 versos.

enigmas y fue un [1760] hombre espléndido, el único que logró poner freno a los poderes de la Esfinge asesma. Y ahora, deshonrado y miserable, soy expulsado del país. Pero, ¿por qué me lamento y grito en vano? El destino que los dioses le imponen ha de soportar quien es mortal.

CORO. — ¡Oh muy venerable Victoria, ojalá dominaras [1765] mi vida y no dejaras de coronarla.<sup>58</sup>

---

<sup>58</sup> Este estribillo final no conviene a la ocasión, sino que es tópico. Se encuentra también, idéntico, en la *Ifigenia entre los Tauros* y el *Orestes*.